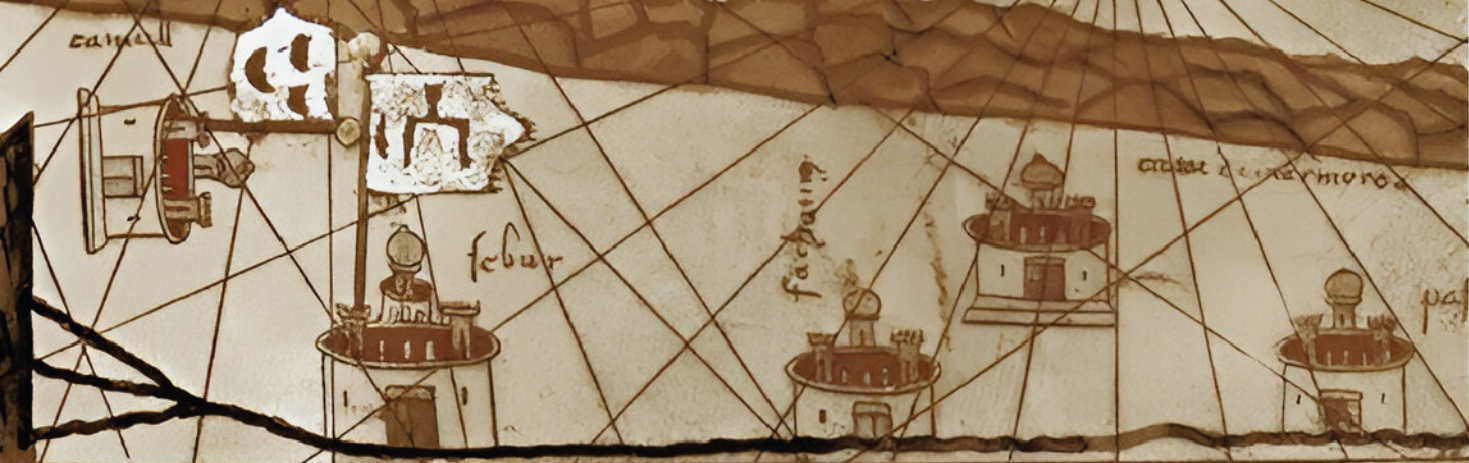


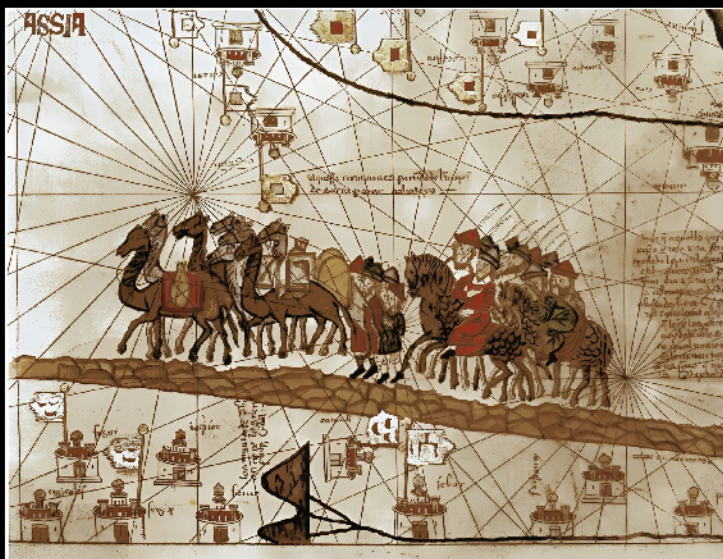


aquella era uana es paridade de luy pi
de earra pauer adratayo.



fama q aqullo qui
posi n f ro a una form
apokada lo p m lo qualo
chirre n e a r i s p q
tami dia a m a n t e
a abem m a r d e d i a
abula de l e n C / p f e
m e r a l e a n t a l e u i
q l e y l o s a t r e s
u o y d e s t a b l o s f o
r a q u o l n o m e n e
s l o m o n a n t a m
a o s f e u s q n u l l
i a p r a t a d e





La caravana de Marco Polo viajando a la India, 1375, tomada del atlas *Rumners of the seas*, Cresques Abraham.

Exploradores y viajeros, turistas contemporáneos

Agenda Cultural • Universidad de Antioquia • N.º 316 • Febrero 2024

Publicación cultural e informativa de la Universidad de Antioquia, fundada en 1995

Presidente del Consejo Superior: Andrés Julián Rendón, Gobernador

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Vicerrector de Extensión: David Hernández García

Comité Editorial: Oscar Roldán-Alzate (Director),

Doris Elena Aguirre Grisales (Editora), Simón Puerta Domínguez,

Luis Germán Sierra Jaramillo, Marta Alicia Pérez Gómez

Diseño: Luisa Fernanda Bernal Bernal

La información y las opiniones incluidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores. No representan posiciones institucionales de la Revista o de la Universidad de Antioquia.

No está permitida la reproducción total o parcial de los textos o de las imágenes, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de los propietarios de los derechos

Agenda Cultural Alma Máter Universidad de Antioquia

Edificio de Extensión, Universidad de Antioquia. Calle 70 N.º 52-72, Piso 6.º

Teléfono: (57) 604 219 51 75. Medellín, Colombia.

<http://agendacultural.udea.edu.co>

Correo electrónico: comunicacionesextensioncultural@udea.edu.co

La Agenda Cultural Alma Máter es una revista universitaria, cultural e informativa de distribución gratuita y circulación mensual

1 Editorial
Hace setecientos años: el legado de Marco Polo y la transformación del viaje contemporáneo
Oscar Roldán-Alzate

4 Viajes y viajeros
John Saldañriaga

13 La evolución histórica de la mirada occidental a China
Orlando Mejía Rivera

20 El turista es el chivo expiatorio de todos los males del turismo
Fragmento de la entrevista de Sergi Yanes Torrado a Jean-Didier Urbain

28 El otro yo del turista
Ángela Garcés

36 Viaje con Elton alrededor del campus
Óscar López

43 Programación cultural

Hace setecientos años: el legado de Marco Polo y la transformación del viaje contemporáneo

En la bulliciosa ciudad de Venecia, hace siete siglos un ilustre navegante y comerciante, Marco Polo, cerraba los ojos por última vez en su ciudad natal. En una época donde muchos hombres eran reconocidos por sus hazañas como grandes viajeros, Polo se destacó de manera única. A diferencia de sus contemporáneos, consignó sus intrépidos viajes a Oriente en relatos escritos que han trascendido el tiempo, dando origen a las más diversas aventuras y fabulaciones. Este legado sigue resonando en la actualidad, especialmente cuando se observa la evolución del viaje y de los viajeros contemporáneos.

El viaje, una práctica que ha evolucionado a lo largo de la historia, se manifiesta hoy como una expresión emblemática de la globalización. En la era contemporánea, los viajeros son más que simples portadores de maletas; son portadores de información, experiencias y culturas que contribuyen a un fenómeno conocido como turismo informado. Este tipo de turismo va más allá del simple desplazamiento físico, implica tam-



bién el acceso a información previa, lo que crea así una experiencia más rica y consciente. No obstante, la paradoja radica en que, a pesar de la diversidad de destinos, esta forma de viajar puede llevar a una globalización uniformizante.



Los viajeros contemporáneos difieren sustancialmente de sus predecesores históricos como Marco Polo, Alejandro de Humboldt o Mansa Musa. En sus exploraciones, estos últimos enfrentaron desafíos monumentales, desconociendo gran parte de la geografía y cultura de las regiones que visitaban. Por contraste, gracias a la tecnología y la conectividad global, antes de partir los viajeros actuales cuentan con acceso a una cantidad inabarcable de información. Esta diferencia fundamental redefine la experiencia del viaje, ya que los modernos aventureros pueden prepararse y anticipar sus destinos de una manera sin precedentes.

La posibilidad de informarse previamente sobre un lugar no solo proporciona como-

didad, sino que también moldea las expectativas de los viajeros. La globalización ha permitido que los destinos turísticos compartan características similares, desde cadenas de comida rápida hasta la omnipresencia de marcas internacionales, creando un paisaje urbano uniforme en distintas partes del mundo. Aunque el turismo informado brinda la posibilidad de conocer diferentes culturas, puede llevar a una homogeneización de las experiencias donde los viajeros buscan lo conocido incluso en lo desconocido.

En contraste, figuras históricas como Marco Polo se aventuraron hacia lo desconocido con una mentalidad exploradora y descubridora. Sus relatos, a menudo, eran las primeras descripciones detalladas de tierras lejanas, enriqueciendo la comprensión del mundo en su época. Alejandro de Humboldt, con su expedición científica no solo trajo conocimientos geográficos, sino que también destacó la interconexión de los elementos naturales. Mansa Musa, el emperador del Imperio de Mali, llevó consigo una vasta riqueza en su peregrinación a La Meca, sorprendiendo a las poblaciones que encontraba en su camino.

La riqueza de estas experiencias históricas residía en la autenticidad de lo desconocido, en la capacidad de explorar territorios inexplorados y en la sorpresa genuina ante las diferencias culturales. A diferencia de los viajeros contemporáneos, estas figuras no tenían la opción de recurrir a guías en línea ni a reseñas de otros viajeros. Su descubrimiento estaba lleno de sorpresas, lo cual, aunque de-

safiante, les permitía sumergirse en la autenticidad de cada experiencia.

El turismo informado contemporáneo, aunque proporciona un mayor conocimiento previo, puede dar lugar a una superficialidad en las interacciones culturales. La globalización uniformizante se manifiesta en la búsqueda de experiencias que se asemejan a las ya conocidas, en lugar de explorar lo genuinamente único de cada destino. Los viajeros pueden encontrarse atrapados en una burbuja de familiaridad, donde la experiencia de un lugar se mide por su capacidad para replicar patrones y estándares internacionales.

En última instancia, el desafío para los viajeros contemporáneos radica en equilibrar la información previa con la disposición a sumergirse en lo desconocido. Aunque la globalización ha acercado los destinos y ha facilitado la movilidad, es crucial preservar la autenticidad y la diversidad cultural en la experiencia del viaje. Quizás, en este equilibrio, los viajeros contemporáneos puedan encontrar una armonía entre la comodidad de la información y la autenticidad de la exploración, reconociendo la importancia de aprender de figuras históricas que, sin información previa, se aventuraron hacia lo desconocido, contribuyendo así al rico mosaico de la historia del viaje.

Para iniciar este año, este nuevo viaje, presentamos la *Agenda Cultural Alma Máter*, trazada por John Saldarriaga, Orlando Mejía Rivera, Sergi Yanes Torrado, Jean-Didier Urbain, Ángela Garcés y Óscar López, con la esperanza de que usted también planee y



emprenda los suyos. Para refrendar la conmemoración del ilustre viajero, acompañamos este número con algunas páginas de la edición ilustrada en el siglo xv del *Libro de las maravillas* de Marco Polo.

Confiamos en que nuestra querida universidad siga la senda de un viaje que no se limita al espacio físico, sino que se enriquece con la audacia de generar conocimiento mediante la investigación de las ciencias y la creatividad de las artes. Todo esto nos envuelve en una dinámica maravillosa de bienestar, un tesoro que la universidad cuida con esmero: la cultura.

Oscar Roldán Alzate

Viajes y viajeros

John Saldarriaga

Viajar es aventurarse. Por eso, quienes viajan ejercen en los otros un atractivo sin igual. Tal vez tanto o más importante que ir de expedición sea recordar, revivirla en la mente una vez se ha regresado y hablar de ella. Esta necesidad de referir lo vivido, lo experimentado, es una característica de la especie humana, ancestral y arraigada como el lenguaje.

No es difícil imaginar grupos de humanos primitivos, especialmente a partir del descubrimiento del fuego, sentados en la noche, después de las faenas de cacería o recolección, en torno a una fogata. Un auditorio seducido por alguien que narra un arriesgado recorrido por el monte, la selva, el río, el mar; la excursión a un territorio desconocido con el propósito de explorar o aprovisionarse de materiales para la subsistencia, tal vez enfrentando o, al menos, defendiéndose de feroces animales, de salteadores de caminos que siempre los ha habido, o protegiéndose de los fenómenos de la Naturaleza. Era la fundación de la literatura oral.

¿Cómo no habría de fascinarse aquel auditorio, si salir del espacio donde se nace o vive, de la tibieza, la comodidad y la seguridad de lo conocido, es desafiar el peligro,

exponerse a lo inesperado? Por su parte, esos contadores de historias descubren pronto que volver para contarlas les procura cierta embriaguez en su espíritu y prestigio entre sus semejantes.

Andando el tiempo, con la aparición de la escritura, el viaje siguió siendo motor de los relatos, tan potente como el amor o la muer-



te. Los narradores fueron descubriendo que, tan necesario como mencionar lugares visitados y describir paisajes, habitantes y costumbres, era contar cómo enfrentaban las dificultades, controlaban los miedos, qué pensamientos y sentimientos cruzaban por la mente del viajero ante cada situación.

Desde las primeras obras de la humanidad, algunos hombres emprendían viajes, bien con fines pragmáticos como los mencionados, bien para demostrar valentía y dejar grabado su nombre en la posteridad.

El *Poema de Gilgamesh*, escrito hace casi cinco mil años, es la primera pieza literaria de la que se tiene noticia. Por consiguiente, su protagonista es el primer viajero de la literatura. Cuenta la historia de Uruk o Gilgamesh, un rey sumerio despótico y lujurioso. El pueblo se quejó ante los dioses por su conducta. Estos escucharon los clamores y crearon a Enkidu, un hombre grande y fuerte, hecho de barro, para que lo enfrentara en combate y lo destruyera. Pelearon con encarnizada fiera, pero, de pronto, algo sucedió. Los combatientes se hicieron amigos inseparables. Empezaron viajes colmados de aventuras. Viajaron al país de los cedros, del que importaban madera para los templos; se enfrentaron con Khuwawa, el monstruo del bosque, cuyo rugido era el diluvio, sus fauces eran el fuego y su aliento era la muerte; recorrieron las tierras del Tigris y el Éufrates y, así, en una sucesión de hazañas que les granjearía celebridad entre los suyos.

*Cuando llegaron a orillas del río Mala
ofrecieron un sacrificio al dios Sol del cielo
Y de allí llegaron al cabo de seis días a la Montaña.
¡Habían alcanzado la Montaña!
Y en el corazón de la Montaña
el divino Gilgamesh y el divino Enkidu contemplaron
los cedros.¹*

El poema está incompleto y presenta varias versiones. En todas estas, el hombre de barro muere por castigo de sus creadores; solo varía, de unas a otras, la forma del deceso. En unas, murió de fiebre; en otras, quedó cautivo en el inframundo, cuando se atrevió a penetrarlo en procura de la pelota y la pala maravillosas de su amigo. Sea como fuere, Uruk se lamentó por la pérdida de su compañero de andanzas y decidió viajar en busca de una fórmula para revivirlo y, claro, sustraerse él mismo del destino final de los mortales. Fue a las Montañas Gemelas, emprendió el camino del fin del mundo siguiendo la ruta del sol, atravesó el océano... Al fin, consiguió el secreto de la eterna juventud: una planta que crece en las profundidades del mar Apzú. Llegó hasta el oscuro abismo y logró arrancarla. Alegre, se fue con ella. Pero en un descuido, una serpiente se la arrebató de las manos. Fue entonces cuando Gilgamesh entendió que la inmortalidad está preservada para los dioses, no para los humanos.

En la literatura de viajes, como en la literatura en general, son esenciales las transformaciones de los personajes, a partir de sus vivencias. De forma paralela a las peripecias físicas se desarrollan las aventuras de carácter espiritual, moral, psicológico, no menos excitantes. Si es humano sorprendernos con la aparición de un peligro, representado, digamos, en un gigante o un monstruo, también lo es que nos interese en conocer las reacciones de los personajes —que son, al fin de cuentas, representaciones de nosotros mismos— ante tales apariciones. Así podemos identificarlos con el héroe de la historia, sufrir y disfrutar con sus sensaciones.

Otros viajeros antiguos son Moisés, que, según el Antiguo Testamento, guio al pue-

blo de Israel a través del desierto durante cuarenta años, desde Egipto hasta la Tierra Prometida, situada entre la costa de aquel país y el río Éufrates. Comandados por Jasón, los argonautas griegos, más de cincuenta héroes entre los que se hallaban Heracles, Peleo y Orfeo, navegaron en busca del vellocino de oro. Alejandro Magno, rey de Macedonia, exploró, en el siglo cuarto antes de nuestra era, tierras del Indo, Palestina, Egipto...

Creo que nadie discutirá que, de aquellos tiempos fabulosos, el expedicionario más célebre es Odiseo o Ulises. En la *Odisea*, Homero se centra en el rey de Ítaca, isla situada al occidente de Grecia. Después de su participación en la Guerra de Troya, sucedida en el siglo XIII antes de nuestra era, según Heródoto, Odiseo emprendió su regreso a casa. Una travesía que en condiciones normales le hubiera llevado poco tiempo, le tomó diez años, pues fue entretenido en tierra firme y en islas por seres que poseían fuerzas sobrenaturales o divinas. La ninfa Calipso le prometió inmortalidad; los lotófagos, seres que se alimentaban de lotos, dieron de comer de estas plantas a algunos de los navegantes de Odiseo, con lo cual perdieron la memoria y olvidaron hasta quiénes eran; los Cíclopes, gigantes antropófagos, encerraron a los navegantes en una cueva sellada con una gran roca; sirenas de canto enloquecedor; monstruos marinos, entre otros. Contrario a los anteriores, Eolo quiso ayudar a Odiseo. Le entregó los vientos del oeste dentro de una bolsa. Movidos por la curiosidad, los marineros abrieron el saco y los dejaron escapar. Se formó entonces una tormenta que los alejó más de su camino. Veamos estas líneas del canto X, la experiencia en Eolia, la isla del buen dios de los vientos:

*le pedí me dejara partir y ayudara mi vuelta
a la patria y él nada rehusó, me otorgó toda ayuda:
desollando un gran buey que cumplía nueve yerbas,
un odre
fabricó con su piel y en su seno apresó las carreras
de los vientos mugientes, que todos los puso a su
carga
el Cronión para hacerlos cesar o moverse a su gusto.
Con un hilo brillante reatoló ya dentro
del bajel, porque no se escapara ni el aura más tenue;
sólo al céfiro fuera que soprase ayudando
a mi flota y mi gente en la ruta. ¡No había de
cumplirse!
La locura de aquellos amigos nos trajo la muerte.²*

La aventura medieval

La Edad Media estuvo llena de viajeros. Peregrinos, guerreros, caballeros, trovadores y comerciantes. Entre los primeros, se sabe de una monja del siglo VI llamada Egeria, de la Península Ibérica, que viajó a conocer los lugares por donde anduvo Jesucristo y escribió sobre ello.³ Se le considera la primera viajera en buscar este destino, y a este el primer lugar santo en la mira de los trashumantes. Luego se hicieron comunes los viajes religiosos a Santiago de Compostela y Roma. Para esta clase de expedicionarios, el camino era maestro y fuente de purificación. Las vicisitudes, los tramos impracticables por condiciones geológicas o climáticas, los peligros, los padecimientos fortalecían el espíritu y se ofrecían a Dios para ganar favor ante sus ojos. Los peregrinos de hoy siguen pensando de este modo.

Sobre los otros tipos de viajeros abundan las historias de caballería y de cruzadas. Sus hazañas, tanto en las obras de ficción como documentales, están rodeadas de mito y exageración. Entre las primeras, recordemos a Simbad el marino. Los relatos de sus siete viajes fueron incluidos en *Las mil y una no-*

ches a partir del siglo XVII. Estos cuentos hablan de un aventurero de Bagdad que vivió durante el califato abasi, vigente entre los siglos VIII y XIII. Cierta vez, su barco se estableció en una isla. Cuando los marineros encendieron una fogata, se dieron cuenta de que no era una isla, era un cetáceo gigantesco que yacía dormido y habían despertado al quemarle su lomo. En otra ocasión, Simbad, para salir de una isla a la que había llegado tras naufragar, se ató a la pata de un pájaro inmenso llamado roc, voló hasta una montaña lejana donde encontró un tesoro resguardado por serpientes...

Entre los viajeros de carne y hueso mencionemos a Marco Polo, de cuya muerte se cumplieron 700 años el 8 o 9 de enero pasado. Su *Libro de las maravillas* es pilar de la literatura de viajes. Personaje central y narrador, fue un mercader veneciano que aprendió el oficio de su padre y sus tíos. Con ellos comenzó a recorrer parte de la geografía conocida y llegó hasta el enigmático Oriente. Según cuenta, por más de veinte años sirvió de consejero a Kublai Kan, emperador de Mongolia y China. En ese tiempo, recorrió la Ruta de la Seda; comerció en Kabul, Jerusalén, Bengala, Constantinopla y otros sitios; sufrió el acoso de caníbales en Sumatra; se asombró con pozos de alquitrán en Mesopotamia, algunos siempre encendidos como antorchas del desierto; supo del milagro atribuido a un zapatero ciego de Bagdad, consistente en mover una mon-



taña para librar a los cristianos de las manos del califa; visitó las tumbas de los Tres Reyes Magos, que guardaban sus cuerpos sin corromper, y vio un mamífero de cuello larguísimo llamado jirafa. Al regresar de sus correrías, Venecia estaba en conflicto con Génova. Cayó en manos enemigas y fue hecho prisionero. Compartió celda con el escritor Rustichello de Pisa —autor de una historia del rey Arturo—, quien había sido preso igualmente. Marco Polo decidió dictarle sus memorias.

En el capítulo CLXXIII, “Donde se habla de la isla Angamán”, dice:

Cuando se dejan las dos islas citadas y se han hecho ciento cuarenta leguas hacia Poniente, se encuentra una isla llamada Angamán, que es muy grande y rica. No tienen rey. Son idólatras y viven como bestias salvajes que no tienen ni ley ni orden, y no tienen ni casa ni nada. Y os hablaré de una clase de gentes que conviene hablar en nuestro libro. Porque tened por cierto que los hombres de esta isla tienen todos una cabeza de perro, y dientes y ojos como perros; y no debéis dudar de que sea cierto, porque os digo en resumen que son completamente semejantes a la cabeza de los grandes mastines. Tienen bastantes especias, son gentes muy crueles y se comen a los hombres completamente crudos, a todos los que pueden coger con tal que no sean los suyos.⁴

El volumen está conformado por tres libros y 234 capítulos, narrados en forma de recuentos más bien minuciosos de su paso por ciudades, montes, caseríos, puertos, y con un enfoque cristiano. Hace críticas de los grupos que practican rituales diversos, a quienes llama idólatras y supersticiosos. Cuenta haber sido gobernador por tres años en un pueblo de la dinastía Yuan, haber visto criaturas extrañas y muchos otros asuntos que no se han confirmado. Por tal motivo, el libro no ha gozado de plena credibilidad como documento histórico, pero sí de gran prestigio como relato literario. Los familiares de Marco Polo lo instaron a corregir aquellas cosas que no fueran ciertas. Indignado, se negó a hacerlo. Les aseguró que apenas si había contado la mitad de cuanto había visto en sus expediciones.

Verdad o ficción, este libro influyó en los narradores posteriores, como Cristóbal Colón, Fray Bartolomé de las Casas, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y Antonio Pigafetta, entre los cronistas; Joseph Conrad, Robert Louis Stevenson, Daniel Defoe, entre los escritores de ficción.

Es preciso decir que, como Marco Polo, ninguno de los cronistas mencionados —que, se suponen fieles a la verdad porque, en la crónica, la ficción es un adefesio— se libraron de la acusación de ser mentirosos o, por lo menos, fantasiosos o exagerados. Para sustentar esta idea, leamos un trozo de *Naufragios*, de Cabeza de Vaca, en el que cuenta sus travesías desde la actual Florida hasta el Golfo de California:

Ya he dicho cómo por toda esta tierra anduvimos desnudos; y como no estábamos acostumbrados á ello, á manera de serpientes mudábamos los cueros dos veces al año, y con el sol y el aire hacíanse en los pechos y en las espaldas unos empeines muy grandes, de que rescebíamos muy gran pena por razón de las muy grandes cargas que traíamos, que eran muy pesadas, y hacían que las cuerdas se nos metían en los brazos.⁵

Tal fue la escasez de alimentos durante los ocho años que duró la correría, que, asegura el cronista, los exploradores tuvieron que comerse unos a otros. De los seiscientos iniciales, solo la terminaron cinco.

No es que quiera hacer de abogado de algo que no requiere defensa, pero creo que en ciertas ocasiones al menos, más que mentir, tal vez sucede que esos aventureros veían e interpretaban los asuntos novedosos con ojos de extranjeros, desacostumbrados a tales realidades. Antonio Pigafetta, italiano que vivió entre los siglos xv y xvi, escribió la *Relación del primer viaje alrededor del mundo*, una expedición comandada por el portugués Fernando de Magallanes. Al leerla, cualquiera exclama: “¡Es un fabulador!”. Encuentra seres extraordinarios a cada paso. Cuando va por territorio africano, relata:

Hemos visto aves de diferentes especies: algunas parecía que no tenían cola; otras no hacen

nidos, porque carecen de patas; pero la hembra pone e incuba sus huevos sobre el lomo del macho en medio del mar. Hay otras que llaman cágasela, que viven de los excrementos de las otras aves y yo mismo vi a menudo a una de ellas perseguir a otra sin abandonarla jamás hasta que lanzase su estiércol, del que se apoderaba ávidamente.⁶

Y ya en el Antártico, en el extremo sur de América, observa:

Un día en que menos lo esperábamos se nos presentó un hombre de estatura gigantesca. Estaba en la playa casi desnudo, cantando y danzando al mismo tiempo y echándose arena sobre la cabeza. El comandante envió a tierra a uno de los marineros con orden de que hiciese las mismas demostraciones en señal de amistad y de paz: lo que fue tan bien comprendido que el gigante se dejó tranquilamente conducir a una pequeña isla a que había abordado el comandante. Yo también con varios otros me hallaba allí. Al vernos, manifestó mucha admiración, y levantando un dedo hacia lo alto, quería sin duda significarnos que pensaba que habíamos descendido del cielo. Este hombre era tan alto que con la cabeza apenas le llegábamos a la cintura. Era bien formado, con el rostro ancho y teñido de rojo, con los ojos circulados de amarillo, y con dos manchas en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos, que eran escasos, parecían blanqueados con algún polvo. Su vestido, o mejor, su capa, era de pieles cosidas entre sí, de un animal que abunda en el país, según tuvimos ocasión de verlo después. Este animal tiene la cabeza y las orejas de mula, el cuerpo de camello, las piernas de ciervo y la cola de caballo, cuyo relincho imita.⁷



Si miramos bien, el animal que acompañaba al gigante bien podía ser una llama. Por resultarles desconocido, para su descripción, se valió de comparaciones con criaturas que conocía. El resultado es algo maravilloso. Igual sucedió a Marco Polo cuando contó haber visto animales con el cuello larguísimo, que resultaron ser jirafas.

Náufrago y solo

Hay un aventurero que no podemos excluir de esta apretada lista: Robinson Crusoe. Personaje creado por Daniel Defoe, escri-

tor inglés del siglo XVIII, protagonizó una de las historias más conmovedoras donde las haya. Consigue mostrar la entereza de un viajero que no se acobarda ante la peor de las desgracias. Cuando digo “la peor de las desgracias” no me refiero al naufragio, de suyo terrible, sino a la angustiante situación de quedarse solo en una isla del Atlántico, en aguas situadas entre Venezuela y Trinidad, sin posibilidades de salir. Esta historia tiene origen en hechos reales ocurridos por separado al escocés Alexander Selkirk, en una isla del Pacífico, y al español Pedro Serrano, en una isla del Caribe. Esta, por cierto, dio motivo a un relato del antioqueño Manuel Uribe Ángel titulado *La Serrana*.

Para no dar muestras de crueldad al dejar en ascuas a quien no haya leído *Robinson Crusoe*, contaré brevemente que este tal Robinson era un navegante inglés que abordó un barco hacia el África. Fue capturado por piratas y esclavizado. Escapó. Se embarcó en una nave que traía africanos al Brasil para la esclavitud. Le sedujo la idea de quedarse trabajando en esa nave. Al poco de zarpar de la costa suramericana para volver al África, el barco naufragó. Robinson quedó, al parecer, solo en una isla. Luego de hacerse a la idea de que no se trataba de un asunto transitorio, se las arregló para sobrevivir. Aplicó para ello muchos conocimientos acumulados por la especie humana: la agricultura, la arquitectura, la cacería... Hizo acopio de lo mejor de la especie: ingenio, perseverancia y estoicismo. Permaneció allí por veintiocho años. Consiguió regresar a Inglaterra. No diré cómo, para no echar a perder la sorpresa a quien desee leer el libro.

Como la mayoría de los aventureros de raza —Simbad, Ulises, Jasón...— Crusoe no podía quedarse en un solo sitio. Tras

unos pocos años de quietud, quiso volver a ver mundo. Las *Nuevas aventuras de Robinson Crusoe*, narradas con estilo de crónica y en primera persona, comienzan por contar que Robinson se casó, tuvo hijos y se hizo campesino. No parecía tan malo eso de echar raíces al lado de un ser amado... pero... en su interior... no dejaba de extrañar la isla donde pasó tanto tiempo. Aguantaba paciente el ardor que consumía su pecho y callaba. La experiencia pasada, naufragio y abandono, no había conseguido acobardarlo. De pronto, enviudó. No demoró en emprender un nuevo viaje. Se dirigió primero a su isla para observar cómo marchaban las cosas. Luego conformó un grupo de navegantes, atravesó el Océano y tomó rumbo a Oriente donde se detendría en puertos de la China y otros países para hacer negocios. Llegó a Rusia. Recorrió por tierra parte del territorio, incluido Siberia, enfrentó a los tártaros, y, tras diez años de un viaje arriesgado, llegó a Londres saciado de emociones.

Al hablar de canibalismo, cuenta:

Encontramos algunos ejemplos en el territorio entre Argusk, por donde entramos a los dominios de los moscovitas, y una ciudad que pertenece a los tártaros y rusos a la vez, llamada Nerchinsk, un espacio en el que se alternan desiertos y bosques, y que nos costó veinte días cruzar. En un pueblo cercano al último de esos lugares tuve la curiosidad de ir a ver cómo vivían: de la manera más brutal e insufrible. Creo que ese día habían celebrado algún gran sacrificio, porque encima del viejo tocón de un árbol había un ídolo de madera, espantoso como un diablo, o al menos como cualquier objeto que se nos ocurra que puede hacerse para representar al diablo. Tenía una cabeza que, desde luego, ni siquiera se parecía a ninguna criatura que jamás haya visto el mundo; orejas grandes como cuernos de cabra, e igual de altas;

ojos grandes como una moneda de la corona; la nariz parecía el cuerno retorcido de un carnero y una boca con cuatro esquinas, como la de un león, con horribles dientes ganchudos como la parte baja del pico de un loro. Lo habían vestido de la manera más asquerosa que se pueda suponer; la ropa del torso era de piel de oveja, con la lana por fuera; un gran gorro tártaro en la cabeza, con dos agujeros para dejar pasar los cuernos; era de unos ocho pies de altura pese a no tener pies ni piernas ni guardar sus partes proporción alguna.⁸

A los tres días, Crusoe regresó a este sitio en compañía de algunos hombres para quemar tal esperpento y, así, “vindicar el honor de Dios”.

Para no continuar una relación sin fin, me conformo con advertir que una expedición por el subgénero de la literatura de viajes es extensa y diversa. Quien quiera emprenderla no debe dudar en abordar las naves de *El Quijote* de Cervantes, con sus disparatados recorridos; *Los viajes de Gulliver* de Jhonathan Swift; *Cuentos de los mares del Sur* de Robert Louis Stevenson; *Un vagabundo en las islas* de Joseph Conrad; *El soberbio Orinoco* de Julio Verne y un largo etcétera. El plan de viaje debe incluir obras de realidad y ficción, antiguas y modernas, y los trayectos bien pueden realizarse a pie o a caballo, en barco, tren, auto, avión o globo aerostático... con las ventajas y limitaciones de cada mecanismo. Hay garantía de involucrarse sin ser



percibido, como un polizón, entre viajeros que van por el mundo movidos por temas de exploración, comercio, guerra, fe o pillaje.

Coda: tres colombianos

Entre los autores de nuestro país, Álvaro Mutis, José Eustasio Rivera y Fernando González hablan de viajes y viajeros. Otros también lo hacen, cómo no, pero estos ponen el acento en la expedición.

Entre sus exploradores, Mutis tiene un personaje que se hizo célebre gracias al cine: Maqroll. En el libro *Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviro* están las novelas alusivas a este marinero, encargado de encargarse en la gavia del barco para observar el horizonte y caracterizado con ecos escoceses, turcos e iraníes. Son ellas *La nieve del almirante*; *Ilona llega con la lluvia*; *Un bel morir*; *La última escala del Tramp Steamer*; *Amirbar*; *Abdul Bashur, soñador de navíos*, y *Tríptico de mar y tierra*.

En las primeras líneas del relato “Cita en Bergen”, incluido en *Tríptico de mar y tierra*, se lee:

Que esto tuviera que sucederme en Brighton es algo que quien conozca la popular estación balnearia de Sussex hubiera dado por natural y previsible. Brighton, ese lugar en donde la gente de Londres insiste en que disfruta del mar en medio de un sombrío hacinamiento de construcciones victorianas y de otras de estilo eduardiano que superan la más febril imaginación; ese lugar en donde hasta el más modesto de los bares se empeña en servirnos el whisky que justamente no nos apetecía y en donde las mujeres nos ofrecen en las calles y en el amplio y desolado malecón contra el que se bate un mar gris y helado una larga lista de caricias que, a la hora de la verdad, se convierten en homeopática y acelerada versión de lo que un anglicano entiende por placer; en Brighton, para decirlo de una vez, en donde al llegar sabemos que nada se nos ha perdido allí, en Brighton tuve que guardar tres días de cama en una pensión de miseria. Entre la diarrea y el hastío estuve a punto de dejar allí mis huesos.⁹

En *La vorágine*, José Eustasio Rivera toma una problemática social y la denuncia en

medio de una historia de amor y de viaje por llanos y selva.

Por su parte, si el filósofo Fernando González hubiera querido ser literal, en lugar de *Viaje a pie*, hubiera debido titular su libro *Viaje a pie, a caballo, en tranvía, en cable aéreo y en tren*. Narra su recorrido por territorios de Antioquia, Viejo Caldas y Valle del Cauca, en compañía de su amigo Benjamín Correa, del 21 de diciembre de 1928 al 18 de enero de 1929. El camino, las montañas, los montes, los ríos, los pueblos, la gente, todo cuanto percibe sirve al narrador para mover paisajes interiores y analizar la cultura.

Así, pues, un autor que habla de navegantes; otro, telúrico y visceral, y un tercero que penetra en los dominios de lo metafísico conforman esta muestra de viajeros y escritores de viajes colombianos.

Notas

- ¹ Anónimo (2018). *Poema de Gilgamesh*, Editorial Tecnos, p. 87.
- ² Homero (2007). *Odisea*, Gredos pp. 177-178.
- ³ García de Cortázar, J. A. (1996). *Los viajeros medievales*, Editorial Santillana.
- ⁴ Polo, M. (1997). *Libro de las maravillas*, Ediciones B, p. 421.
- ⁵ Núñez Cabeza de Vaca, Á. (2000). *Naufragios*, Ediciones Folio, p. 103.
- ^{6,7} Pigafetta, A. *Primer viaje alrededor del globo*, Edición de Benito Caetano para la fundación Civilliter, pp. 14, 21.
- ⁸ Defoe, D. (2012). *Nuevas aventuras de Robinson Crusoe*, Edhasa, p. 334.
- ⁹ Mutis, Á. (1993). “Cita en Bergen” en: *Tríptico de mar y tierra*, Editorial Norma, p. 13.

John Saldarriaga es escritor y periodista.

La evolución histórica de la mirada occidental a China

Orlando Mejía Rivera

La primera mirada

Aunque el conocimiento que tuvo Occidente de China parece ser remoto, pues en el libro bíblico de Isaías se menciona que: “Vendrán de lejos; estos vendrán de aquilón y del mar y aquellos del país de los sinienses”,¹ y en los anales históricos de la China antigua se encuentra que ellos tuvieron contacto con el imperio romano, al cual llamaron con el nombre de Ta ts’in Kuo, y Zhang Quiang, en su informe al emperador Wudi, en el año 106 a. C., le mencionaban un lugar de Occidente llamado Liqian (que hoy se sabe que corresponde a la ciudad de Alejandría),² lo cierto es que los primeros documentos conocidos de occidentales que establecieron contactos con China se remontan al siglo XIII, cuando la comunidad religiosa de los franciscanos envió a tres de sus hermanos (dos italianos y un flamenco) a las ciudades de Karakorum y de Pekín. En el año de 1245 arribó a Karakorum Giovanni Dei Plano Carpini, enviado por el papa Inocencio IV, quien escribiría años después una historia de los mongoles (Ystoria Mongalorum); en 1253 llegó a China Guillermo de Rubruck y



en el año de 1291 Giovanni del Monte Corvino fue nombrado arzobispo de la iglesia romana en Pekín por parte del papa Inocencio V.³ Con la muerte de Corvino, ocurrida en 1328, desapareció la presencia del cristianismo romano en China, hasta la posterior llegada de los jesuitas en el siglo XVI.

Pero fue el libro de Marco Polo acerca de sus viajes al reino del gran Khan mongol, redactado en prisión en 1298, lo que hizo conocer a Europa de la existencia de la lejana China. Marco Polo vivió durante diecisiete años en la corte del rey tártaro y se convirtió en su emisario y asesor de otros reinos como el de la India y del mismo Occidente. Y en esta época surgió el primer equívoco que tuvo Europa acerca de lo que era China. El pueblo chino fue conquistado por los mongoles a comienzos del siglo XIII y estos mantuvieron su poder hasta el siglo XIV; el pueblo mongol no había tenido influencia de los chinos antes de su conquista y, por ello, los sometieron sin conocerlos en sus profundidades culturales. De esta manera se entiende la razón por la cual el gran Khan, luego de que el tío y el papá de Marco Polo le hablaron del papa y del cristianismo occidental, expresó su deseo de conocer esta nueva religión y se refirió en forma despectiva a las creencias y costumbres de los chinos. Cuenta Marco Polo que al regreso de su padre y de su tío a Italia, hacía el año de 1268, el gran Khan mandó con ellos unas cartas escritas en lengua turca y dirigidas al papa:

Mandaba decir al pontífice que le expidiera hasta un centenar de sabios de la ley cristiana, que conocieran las siete artes y fueran hábiles polemistas para mostrar claramente a los idólatras y a las otras especies de creyentes que sus leyes no eran de inspiración divina, sino de otra naturaleza, que todos los ídolos que tienen en casa y que ellos adoran son cosa diabólica; hombres, en suma, capaces de mostrar claramente, por la fuerza de la razón, que la ley cristiana era superior a las otras. El gran señor pidió además a los dos hermanos que le trajeran un poco de aceite de la lámpara que arde sobre el sepulcro de Dios en Jerusalén.⁴

Con esta inesperada solicitud del gran Khan de desear conocer de manera reverencial al cristianismo y a la cultura de Occidente, se comprende la mirada de superioridad que se gestó y reafirmó en Europa ante el supuesto atraso intelectual y espiritual de los chinos. Una de las razones de esta actitud del rey mongol a querer asimilar el cristianismo romano (fuera de posibles motivaciones personales) quizá dependió de la necesidad política de contraponer una ideología desconocida frente a las sólidas tradiciones culturales de los chinos, las cuales eran muy superiores a las de sus conquistadores mongoles. Europa no supo reconocer esta situación social y China fue para ellos únicamente el pueblo tártaro del gran Khan con sus exóticas costumbres.

La segunda mirada

A principios del siglo XVI llegaron los primeros misioneros jesuitas a China y para finales de ese mismo siglo y comienzos del siglo XVII se encontraba un grupo selecto de sabios jesuitas que ya dominaban el lenguaje de los chinos y que llevaban varios años dedicados al estudio de los textos, las ideas y las costumbres chinas. Hombres como el padre Ruggieri, Daniello Bartoli, el padre Daniel y, en especial, el padre Mateo Ricci, entre otros, fueron fundamentales para que Occidente descubriera que la cultura de los chinos era distinta y mucho más profunda que la de los mongoles.

A lo largo del siglo XVII se tradujo a Confucio, algunos fragmentos de textos taoístas, y un reducido círculo de intelectuales conoció la traducción del *Libro de las mutaciones* o *I Ching* hecha por el padre Jean Baptiste Regis y su grupo (el libro solo se publicó has-



ta 1738).⁵ Desde finales del siglo xvi fueron escritas y publicadas numerosas historias acerca de la cultura China, donde sobresalen obras monumentales como *La historia de las cosas más notables, usos y costumbres del reino de la China* (1585) del español Juan González de Mendoza, el *Portrait historique de l'Empereur de la Chine* (1698) del padre Bouvet, la *China monumentis que sacris qua profundis illustrata* (1667) del padre Athanasius Kircher, y una versión resumida y adaptada al latín de la famosa obra de Matteo Ricci denominada *Memorias sobre China*, la cual fue publicada en 1611. Un análisis

de las consecuencias de este redescubrimiento de los chinos realizado por los jesuitas nos muestra que:

1) Aunque existió respeto y valoración por las creencias e ideas chinas los jesuitas nunca olvidaron la misión de tratar de comparar y adaptar el nuevo pensamiento a los valores y concepciones del cristianismo y, por ello, tradujeron la mayoría de los términos nuevos con un equivalente occidental y cristiano; por ejemplo, tradujeron palabras como “Tao” por “Logos” y el término confuciano de “T’ien” por “Dios”, y el padre Bovuet trató de identificar al emperador Fou-Hi, creador mítico de los hexagramas del *I Ching*, con el patriarca bíblico Enoch. Es decir, la lectura jesuita de los textos chinos siempre fue una lectura hecha con los anteojos de los prejuicios cristianos, que hacía la conversión simultánea de esas

extrañas ideas a las ideas conocidas y aceptadas por la ortodoxia de Occidente.

Se comprende entonces cómo algunos misioneros comenzaron a hablar de “San Confucio”, así como los humanistas italianos del siglo xiv habían hablado de “San Sócrates” cuando descubrieron a los pensadores de Grecia clásica.

2) En general, las descripciones de las costumbres de la vida cotidiana de los chinos fueron hechas con un sentimiento de superioridad y soberbia occidental y, por ello, aquellos hábi-

tos y rituales que se oponían, o eran distintos a los europeos, se ridiculizaban o se comentaban de manera despectiva. Algunas de estas transcripciones nos pueden ayudar a ilustrar mejor esta situación; Mateo Ricci escribió en un fragmento de sus memorias que:

La muestra universal de superstición (de los chinos) es la de observar los días y las horas Felices e infelices para hacer sus obras y negocios a menudo ocurre que, diciéndoles que tal día les ha de suceder algún gran infortunio o enfermedad u otro, bien a menudo ocurre que, ocupando con eso intensamente la imaginación, convierten, como suele decirse, la mentira en verdad; porque, llegando el día señalado, se enferman realmente y hasta muchos mueren, con lo que se confirman más en su error y en el crédito que estos farsantes tienen.⁶

Un texto posterior publicado en 1735 por Jean Baptiste Du Halde y titulado *Description de la chine et de la tartarie chinoise* se esfuerza en dar una imagen abyecta de las costumbres chinas:

Hay calles públicas llenas de muchachos acicalados como meretrices, e igualmente personas que compran estos muchachos y los enseñan a tocar, cantar y bailar, y vestidos elegantemente y pintados con colorete como las mujeres inflaman a los pobres hombres en este vicio nefando (...) Otro vicio es matar a sus hijos, especialmente si son hembras, y ahogarlos en el agua por no poder sostenerlos.⁷

Este tipo de relatos y descripciones incrementaron en Occidente la imagen de que los chinos eran un pueblo de costumbres semisalvajes, alejados de las leyes de Dios, inmorales, de extrema crueldad, y con un pensamiento supersticioso y mágico.

3) Con el paso de los años, los misioneros jesuitas fueron comprendiendo y admirando

do más a la cultura china, hasta el punto de que ellos mismos comenzaron a integrar a sus concepciones cristianas elementos del confucionismo y del taoísmo, lo que produjo escritos donde, de manera abierta o sutil, se reconocían cualidades de alto valor intelectual y espiritual en los chinos, y esta dirección heterodoxa de los misioneros hizo que el papa suprimiera la orden jesuita en China en el año de 1773.

Pero las consecuencias de esta mayor amplitud mental se vieron en la correspondencia y encuentros que tuvieron los misioneros con la élite intelectual y universitaria de Europa. Durante el siglo XVIII, los principales pensadores y eruditos conocieron textos acerca de China o las traducciones de los cuatro libros de Confucio, los cinco clásicos y fragmentos de Lao Tse y Chuang Tzu. La mayoría de los intelectuales y académicos no le dieron mayor importancia al pensamiento chino, en parte debido a la creencia colectiva que concebía a la racionalidad occidental como la única vía del progreso humano y que germinó con las ideas de la Ilustración y la modernidad científico-técnica.

En este ambiente era muy difícil que los intelectuales y científicos aceptaran comentarios como el del padre Bartoli, quien llegó a afirmar que: “son los chinos perspicacísimos y en valía de ingenio sobrepasan a los europeos”.⁸

Además, el desarrollo de la ciencia moderna había surgido a partir de un modelo mecanicista del universo y las concepciones cosmológicas y filosóficas de China se basaban en un modelo organicista. Sin embargo, en el siglo XVIII existieron algunas brillantes excepciones a este menosprecio hacia el pensamiento chino. El ejemplo más importante



es el filósofo Leibniz que desde finales del siglo XVII estudió y compartió con jesuitas como Bouvet y Regis los textos y documentos chinos. En 1697 Leibniz escribió un opúsculo titulado *Novissima Sinica* donde manifestó que el conocimiento de China era una prioridad para los pensadores europeos, aunque afirmó que: “Nosotros somos superiores a los chinos en la lógica, la metafísica, las ciencias matemáticas, el arte militar... y ellos nos superan en los preceptos de la vida civilizada y la filosofía práctica”.⁹

Los siguientes diez años los dedicó el filósofo al estudio del *I Ching* y allí llegó a la

revelación de que este libro poseía un sistema de aritmética binaria similar al de su propia innovación matemática. En este tiempo dejó de pensar en la superioridad de la lógica y las ciencias matemáticas occidentales, y luego conoció a través del padre Bouvet la concepción del universo dinámico de Tchou Hi y estudió a fondo el principio confuciano del “Li” o “Ch’i”, entendiéndolo como una especie de energía vital y divina que se encontraba en todas las cosas y seres del universo y conformaba un universo vivo y único. Según Needham, estos modelos chinos influyeron de forma rotunda en la concepción organicista del universo de Leibniz y en su hipótesis de la monadología, tan lejana a las formulaciones mecanicistas de sus contemporáneos.

Aunque existen otros pensadores notables como Voltaire, quien en su *Diccionario filosófico* habla con admiración del racionalismo de Confucio, y del economista Francois Chesnas, que fue el creador de la escuela fisiocrática, el cual postuló por primera vez la teoría del “libre mercado” de la economía a partir del estudio del sistema rural chino;¹⁰ se puede decir que la mirada a China por parte de la mayoría de los intelectuales y científicos europeos del siglo XVII y XVIII fue también una mirada de superioridad, pero a diferencia de la superioridad religiosa y moral del siglo XVI, se basó en la idea del desarrollo exclusivo de la racionalidad occidental.

La tercera mirada

En el siglo XIX, el Romanticismo europeo (en especial el alemán y el francés) dirigió una mirada mística a China; la traducción completa del *Tao Te Ching* de Lao Tse al francés, en 1842, debió impulsar las concepciones de los románticos que rechazaban la sociedad moderna y el imperio de lo mecánico y lo artificial, y reivindicaban la vuelta del hombre a la naturaleza, la visión sagrada de la naturaleza panteísta y la disolución del problema hombre *versus* naturaleza. Escritores como Tolstoi reconocieron la gran influencia que habían recibido de Lao Tse y otros pensadores como Emerson, Carlyle, Teófilo Gautier, Novalis, Alfredo de Vigny, etc., reivindicaron la sabiduría del pensamiento chino (y también hindú), y su rechazo a la lógica moderna se apoyó en la mística oriental.

18

Las primeras traducciones al francés y al alemán de poetas chinos, como Li po y Tu Fu, hechas a mediados del siglo XIX contribuyeron a reafirmar los nexos entre la sabiduría china y los poetas y filósofos del romanticismo europeo. Claro está que en la dimensión académica ortodoxa se continuó mirando a China con desprecio, y en el campo político la invasión occidental a China y la conquista japonesa del territorio chino transformó a China en un pueblo derrotado y acomplexado de sí mismo, hasta el punto de que los jóvenes intelectuales chinos de esos años creyeron que la única manera que tenía su país de sobrevivir era olvidando su antigua cultura e imitando a Occidente.

La cuarta mirada

Las dos guerras mundiales, sufridas por Occidente en la primera mitad del siglo XX, condujeron a intelectuales y científicos a aceptar

que la utopía de la civilización moderna, basada en los postulados de la racionalidad científico-técnica como la vía para lograr una sociedad más humana y justa, había fracasado. Esta pérdida del optimismo en el progreso infinito de la civilización occidental ha llevado a que la mirada a China sea una mirada donde ya no se parte del prejuicio de los valores occidentales, sino del anhelo de comprender otras formas de evolución humana.

Lo anterior se encuentra de manera evidente en la manera como los sinólogos contemporáneos han abordado sus estudios del pensamiento y la historia china. El gran sinólogo Joseph Needham, coautor de una gigantesca obra en quince tomos acerca de la ciencia y la civilización en China,¹¹ ha demostrado que la cultura china fue superior en ciencia y tecnología a la occidental hasta el siglo XIV, y que una de las razones para el desarrollo de la ciencia y la tecnología occidentales, a partir del Renacimiento, se debió precisamente a los inventos chinos que penetraron en Europa y fueron asimilados allí. Unos pocos ejemplos bastan para comprender la importancia de la ciencia y la técnica china en la evolución de la sociedad occidental: a) Telar (siglo IV-VI), b) Estribo (siglo VIII) c) Catapulta simple (siglo X) d) brújula magnética, papel, imprenta, imprenta de tipos móviles, idea del molino de viento, carretilla (siglo XII), e) pólvora, maquinaria de sedería, mecánica de relojería, variolización con pústulas de viruela (fundamento de toda la ciencia de la inmunología), (siglos XIII-IV), etc.¹²

Como recuerda el mismo Needham, estos aportes chinos fueron olvidados y de esta manera, a los pocos siglos, los científicos occidentales se adjudicaron las invenciones que habían hecho los chinos. En el *Novum Organum* de Francis Bacon se habla de que

los tres inventos que permitieron a Europa salir de la Edad Media fueron la pólvora, el papel y la brújula, pero en ningún momento Bacon nos recuerda que esas invenciones vinieron todas de China.

En el campo de la literatura y de los intelectuales, la influencia de la filosofía y la literatura china ha sido notable en este siglo xx. Desde la segunda década del siglo xx, el alemán Herman Hesse contribuyó a dar a conocer a Lao Tse, a Confucio, al budismo zen y al hinduismo. Es muy significativo que, en un escrito de 1960, un año antes de su muerte, Hesse afirmara lo siguiente: “La palabra y el concepto de *tao* han sido y son para mí más valiosos que el nirvana, y lo mismo me ocurre con la pintura china”.¹³ En una carta a Felice, Kafka confesó que “en el fondo, soy chino”.¹⁴ Poetas y narradores tan importantes como Ezra Pound, T. S. Eliot y Canetti, han afirmado que la influencia del pensamiento chino ha sido esencial en sus obras.

En la dimensión de la cultura en general, la mirada actual a China oscila entre el misticismo neorromántico de la llamada *nueva era* y el estudio académico y erudito de miles de investigadores europeos, norteamericanos y asiáticos. El llamado milagro asiático económico de Japón, China, Tailandia, Corea del norte y del sur, etc., ha llevado al interés por el pensamiento y la filosofía china, la cual pareciera brindar mayor éxito y equilibrio individual y social en este tiempo, que cualquier otro sistema de pensamiento conocido.

En conclusión, la evolución histórica de las miradas occidentales a China nos permite comprender que a pesar de que como dice Frederick “existe un abismo filosófico o cosmológico entre China y el occidente, y este abismo es palpablemente enorme”,¹⁵ también

es cierto que la manera como se reconozca el rostro del otro da pautas para comprender cómo estamos percibiendo nuestro propio rostro. Y quizá ahí es donde se encuentra lo fundamental del estudio de la filosofía china, que de manera paradójica nos permite iluminar nuestro propio pensamiento occidental, visto y comparado desde lo otro, desde las orillas de un mundo que no se ha construido con la lógica y la razón occidental.

Notas

- ¹ Citado por Riviere, J. R. (1960). *El pensamiento filosófico de Asia*, Gredos, p 270.
- ^{2,10} Qian, Z. (1982). “La civilización china y Occidente” en: *Correo de la Unesco*, diciembre, pp. 42-44.
- ³ Gernet, J. (1991). *El mundo chino*, Crítica, p. 327.
- ⁴ Polo, M. (1967). *Viajes de Marco Polo*, Cumbre, 1967, p. 10.
- ⁵ Citado por Arbeláez, F. (1992). *Claves para el I Ching*, Elektra, p. 21.
- ⁶ Ricci, M. (1989). “Memorias de China” en: *La China: las artes y la vida cotidiana vistas por Mateo Ricci y otros misioneros jesuitas*, Franco Maria Ricci editores, p 181.
- ^{7,8} Du Halde J. B. (1989). “Description de la Chine et la Tartarie chinoise” en: *La China: las artes y la vida cotidiana vistas por Mateo Ricci y otros misioneros jesuitas*, Franco Maria Ricci editores, pp. 195, 173.
- ⁹ Citado por Bernard-Maitre, H. (1935). *Sagesse Chinoise Et Philosophie Chrétienne. Essai sur leurs relations historiques*, Belles Lettres; 1935, p. 139.
- ¹¹ Needham, J. (1954-1989). *Science and Civilisation in China*, 7 vols. en 27 libros, Cambridge University Press.
- ¹² Needham, J. (1977). *La gran titulación. Ciencia y sociedad en Oriente y Occidente*, Alianza Editorial, pp. 55-129.
- ¹³ Hesse, H. (1977). *Mi credo*, Bruguera, p 238.
- ¹⁴ Citado por Canetti, E. (1983). *El otro proceso de Kafka*, Alianza Editorial, p. 167.
- ¹⁵ Citado por Lee, Th. H. C. (1993). “Las ideas chinas en la conceptualización transcultural. La relevancia de la historia intelectual” en *Revista de Filosofía Universidad de Costa Rica*, vol. XXXI (76), pp. 269-280.

Orlando Mejía Rivera. Escritor. Profesor titular jubilado de Medicina interna y Humanidades médicas. Universidad de Caldas.

El turista es el chivo expiatorio de todos los males del turismo

Fragmento de la entrevista de Sergi Yanes Torrado a Jean-Didier Urbain

¿Cree que la diferencia entre viaje y turismo sigue teniendo sentido?

¡Por supuesto! ¡Y probablemente más que nunca! En un contexto donde la crítica al impacto ecológico del transporte y la movilidad comercial innecesaria es un estribillo destacado del discurso sobre la protección de la naturaleza, el llamado turismo “masivo”, el turismo aéreo e internacional en particular, es un tipo de viaje que cada vez se cuestiona más, con razón o sin ella. Y en el contexto de esta lucha contra la contaminación mundial, el turista, hay que decirlo, actúa a menudo como chivo expiatorio de los daños ambientales causados por la libre circulación de personas. Volveremos a esto.¹

La diferencia entre viaje y turismo ha existido desde el inicio, tan pronto como 1850-1860, los años de los primeros viajes organizados de Thomas Cook. De forma discriminatoria, esta diferencia ideológica emana de un elitismo que pretende excluir al turista de los viajes, ya sea de la categoría de viajeros necesarios, las 3M (Mercaderes, Militares y Misioneros - incluyendo Médicos), o del club de viajeros

ilustrados, las 3A (Aristócratas, Artistas y Aventureros).² La diferencia de clase que se afirma aquí no es de grado sino de naturaleza. Es una segregación ontológica, un ostracismo cercano a un cierto racismo, del mismo modo que se habla de “racismo anti-juventud” o “racismo anti-vejez”.



En nombre de un espíritu viajero evidentemente superior (encarnado también por descubridores, exploradores, etnólogos, peregrinos, trotamundos, heroicos reporteros y otros eruditos del exotismo, ejecutantes temerarios o pioneros épicos que hoy en día se han convertido en los principales proveedores de hazañas trascendentales), esta diferencia consiste, pues, en oponer el viajero al turista no solo como el útil al fútil (el difícil al fácil, el temerario al pusilánime, el noble al vulgar o el legítimo al superfluo) sino también como el verdadero al falso o el ser a la nada... Una paradoja no menor, es que el turista se ha unido a esta discriminación existencial. Esto le lleva, de una manera un tanto esquizofrénica, a negarse, huir o despreciarse a sí mismo, aunque generalmente prefiera el odio al prójimo que el odio a sí mismo. El turista es siempre el otro...

Sin embargo, el turista es un tipo de viajero más. Un actor que a su vez se ha convertido en parte de esta vasta gama de viajes posibles, que van desde el humilde nomadismo del viajero mercantil de antaño, yendo de ciudad en ciudad por caminos inciertos, hasta el vertiginoso salto del astronauta en el espacio infinito, pasando por la itinerancia del camionero, el mochilero, el comerciante, el marinero, el aventurero o el diplomático, y el deambular del vagabundo, el ermitaño o el mendigo. En otras palabras, tan pronto como se abandona la división ideológica que originó esta diferencia engañosa, oponer el turista al viajero es tan estúpido como oponer el tulipán a la flor, el nabo a la verdura, la fresa a la fruta o el besugo al pescado. Esta confusión semántica de lo genérico y lo específico es una tontería conceptual intencionada que solo un sesgo sectario podría propagar. El problema es que este sesgo es muy obstinado.

Al margen de cualquier jerarquía social que propugne el uso de la movilidad ociosa como privilegio, medio de distinción u ostentación, el turista en realidad deriva, en su diferencia histórica, de la invención del viaje hedonista. Una movilidad destinada al placer que se ha hecho accesible a la mayoría (como el derecho a voto o el "matrimonio para todos"), pero que, como circunstancia agravante, es además una movilidad sin coartadas (profesionales, hereditarias, religiosas, humanitarias o incluso médicas) capaces de enmascarar el motivo inconfesable del disfrute del viaje, en y a través del viaje.

Esto es lo que está en el centro de la diferencia y lo que se les ha achacado a los viajes turísticos desde sus inicios. Una movilidad entendida como búsqueda erótica: de disfrute del mundo, lo que algunos consideran una usurpación (el robo de un privilegio) y para otros es un ocio irresponsable, incluso indecente.³ Esta búsqueda va más allá de los límites del viaje "normal", el cual debe ser útil y estar justificado, ser legítimo de alguna manera, altruista, apasionado, instructivo, activo, disciplinado, higiénico, etc., nunca ocioso y voluptuoso, a menos, claro, que seas miembro del "Club de las 3A"...

¿Es posible viajar por placer al margen de los itinerarios, las imágenes, las tecnologías y los equipamientos que ofrece la industria turística?

Sí, es posible. Sin embargo, debemos tener cuidado de no pensar que el placer de viajar se encuentra únicamente fuera de la industria del turismo, de su sistema, de su comodidad y seguridad. Eso sería oponer ingenuamente un prejuicio a otro. Además, para disfrutar del margen,



caracteriza al viaje alternativo. Ahora bien, no podemos poner las imágenes al mismo nivel que los itinerarios, las tecnologías y los equipamientos. Estos últimos tienen que ver con la logística, el apoyo comercial y su geografía, cuya normalización (de circuitos, transportes y servicios) puede ser criticada (o no). Pero la imagen en sí misma depende de la imaginación, que es colectiva, y la industria se limita a captar y reciclar comercialmente sus formas y temas, de forma más o menos precisa o fiel, es cierto. Por lo demás, nuestras imágenes son bastante compartidas, como nuestros sueños. Generalmente sirven para que nunca se viaje absolutamente al margen de la imaginación colectiva, pues son mitos e historias comunes que unen a los individuos en su deseo de viajar según varios arquetipos, como la utopía de la isla

¿no haría falta saber al margen de qué se está? La transgresión presupone un conocimiento previo de la norma, del modelo, de las reglas y del sistema desobedecido. Sin ese conocimiento no se obtiene ningún placer al salir de él. Se transgrede solo el propio prejuicio, no la realidad. Por eso distingo entre el turismo inicial (ritualizado, organizado, propedéutico) y el turismo experimental (aleatorio, arriesgado, emancipador), que es un desbordamiento premeditado del primero.⁴

Salirse de los caminos trillados es un principio básico para el hedonismo que

de Robinson, la casa en el árbol de Tarzán, el ideal de Phileas Fogg de dar la vuelta al mundo, el cabotaje de Ulises, el jardín de Cándido, el yeti de Tintín u otros sueños e historias que ilustran nuestros proyectos, nuestras elecciones y nuestro comportamiento, nos guste o no...

Por supuesto que cada uno puede pensar que es portador de una mitología totalmente personal, partiendo del principio de que cada cual hace su propio viaje. Sin embargo, si esta experiencia es realmente única, como lo son las del amor, la muerte o el dolor, el antropólogo se resistirá a aceptar este

individualismo, ya que niega representaciones que son nada más y nada menos que el sustrato cultural de cualquier viaje, tanto del suyo como del de los demás. Esta negación se debe a un egoísmo generalizado que confunde la singularidad de la experiencia vivida con la banalidad de lo imaginario, que no obstante le da sentido. Este narcisismo del viajero es común pero totalmente ilusorio. Es una buena ilustración de lo que René Girard llama la “mentira romántica”, que, en nombre de la espontaneidad, supone el rechazo de toda herencia cultural y, por tanto, de toda imitación de sus predecesores, ya se trate de un escritor, un pintor o un viajero.⁵

Esta es quizás una de las razones por las que las historias de viaje son a menudo tan aburridas cuando son escritas por viajeros convencidos de su originalidad, ya que en realidad suelen contar la misma historia con algunas variaciones y a veces sin saberlo. Conviene señalar a este respecto la recurrencia de una cláusula de estilo con la que estos escritores de viajes señalan (de manera frecuentemente enfatizada) que fueron los últimos en tener el privilegio de ver el sitio salvaje o arqueológico X antes de que desapareciera bajo los hoteles; de haber tenido la oportunidad de descubrir la ciudad Y antes de que fuera invadida por los turistas que arruinaron su pintoresco entorno; de haber podido conocer a los nativos de la isla virgen Z antes de que se estableciera allí un club de vacaciones; etc. Excepto por la probada vanidad o egocentrismo, como en el caso de los autoproclamados “elegidos” de viaje, no hay deshonor o vergüenza en ser el segundo mejor, en caminar sobre los pasos de los mitos o sobre la pista de las figuras históricas del viaje e imitarlas. Todos pertenecen a la misma realidad de los viajes.

¿Qué forma adquiere ese viaje “al margen”? Tanto en el tiempo como en el espacio, toma inevitablemente formas que lo alejan de las “temporadas altas” y los “caminos trillados”, rutas, etapas y períodos ritualizados por el turismo organizado, ya sea comercial, social, religioso, sanitario o incluso asociativo. Este viaje al margen se sitúa pues, en el espacio, fuera de los caminos más frecuentados, de los circuitos habituales, incluso tradicionales; de los destinos más famosos, incluso habituales, cuya elección está determinada por cadenas de prescripciones, a menudo en forma de embudo, como la que Dean MacCannell evocó sobre sus compatriotas: “Si voy a Europa, voy a París; si voy a París, debo ver Notre Dame, la Torre Eiffel, el Louvre; si voy al Louvre, debo ver la Venus de Milo y, por supuesto, la Mona Lisa”.⁶ La principal preocupación del viaje “al margen” es salir de estas redes de atracciones e itinerarios instituidos mediante flujos canalizados y focalizados. Sin embargo, estas redes, favorables al comercio y los viajes, constituyen también una etapa importante del descubrimiento del mundo, ya no en forma de turismo “de masa” (expresión globalizadora y, en definitiva, despectiva) sino de turismo de iniciación: elemental, de primer acercamiento e incluso popular, opuesto al turismo experimental, sofisticado, innovador y criptológico que pretende precisamente superar esta etapa y emanciparse de ella, adoptando si es necesario formas sectarias o elitistas.⁷

El turismo experimental, que no es otra cosa que una forma genérica de viaje alternativo, se basa en el deseo de liberar al viajero de la industria del turismo, de sus normas, limitaciones, espacios y prácticas convergentes establecidas por sus servicios. Por lo tanto, para escapar de estas



dependencias con un espíritu de autodeterminación y originalidad buscará, en primer lugar, “nuevos” destinos desconocidos, no reconocidos, abandonados, rechazados o simplemente ignorados por la industria del turismo, así como nuevos usos, aunque sean excéntricos.

Este tipo de viaje permitirá identificar e incluso provocará el surgimiento de lugares y prácticas festivas y deportivas, como “raves” y “spots” - festivales y encuentros verdaderamente “off”, es decir, eventos dedicados no ya al turismo inicial sino al turismo de iniciados. A las expediciones

científicas, misiones ecológicas, estancias etnológicas y viajes humanitarios, se les añadirán actividades inusuales o modos particulares de exploración que podrán ser distantes o militantes, de observación lejana o, por el contrario, de participación activa, optando algunos por un retiro contemplativo y otros, a la inversa, por un compromiso con su objeto.

Sin embargo, cualquiera que sea la naturaleza de la relación que se establece con el objeto (lugares, personas, entornos o patrimonio), estas conductas experimentales son sobre todo el resultado de una forma de turismo poco común, o al menos así se reivindican. Siempre estarán marcadas por una confidencialidad determinada, como dicen los sociólogos, por los “círculos de afinidad” (una comunidad de pensamiento o una especialidad), o incluso

por un cierto misticismo (empatía, altruismo o convicción), asegurándose así que son diferentes. Su condición de marginalidad se dará en espacios cercanos y lejanos: la Bahía del Somme en Francia (para contar focas), Burkina Faso en África (para construir una escuela), una iglesia abandonada en el macizo de Vercors (para restaurarla) o un pueblo quechua en los Andes (para llevar una bomba de agua). Pero más allá de la etapa didáctica y prescriptiva del turismo inicial y de lo experimental que emana de un espíritu viajero que invita a abandonar los marcos convencionales de lo “turísticamente correcto”, la forma que adopta el viaje en los márgenes

puede ser aun mucho más amplia. Cuando se convierte en “fronterizo”, este turismo no se reduce a los avatares experimentales (protestantes, solidarios o responsables) mencionados hace un momento. Porque lo esencial no es tanto moralizar o denunciar el poder de un sistema de viajes oponiéndose a su norma, sino más bien eludirla. Alejarse para, además de evitarla, prescindir de ella. Esto es así en todas las dimensiones y en todas las escalas.

Los viajes realizados fuera de temporada y fuera de los grandes circuitos también contribuyen a esta marginalidad, así como a despertar la curiosidad por la vida cotidiana (y no por el patrimonio oficial), incluso en el mismo hogar (turismo doméstico). La exploración de lugares que no figuran en la nomenclatura ni están incluidos en los índices de las guías turísticas (espacios periféricos, crípticos, excéntricos, “yermos” o “baldíos”) pero que son depositarios de diversos patrimonios alternativos de carácter sensorial, doméstico o narrativo.⁸ Es el caso del turismo nocturno y la exploración de este “tercio durmiente de la humanidad”, que es menos una *terra incognita* que un *tempo incognito*. El imperio de la noche, con sus luces, sombras, olores, noctámbulos nativos, fiestas secretas y ceremonias, es una “tierra” realmente peligrosa y desconocida para el turista inicial, un viajero cauteloso que viaja a plena luz del día y se acuesta lo suficientemente temprano para llegar a tiempo a la excursión del día siguiente.

El turismo experimental está inventando constantemente nuevos territorios, nuevo espacio-tiempo. Los intersticios son fuentes de exotismo, pero también de posibles transgresiones. A veces se insertan en zonas prohibidas e implican estrategias de desobediencia, de infracción, incluso de de-

lito, con los riesgos que ello conlleva. ¿Un ejemplo? La visita a un museo es una práctica inicial cuando se lleva a cabo de acuerdo con una orden ambulatoria que debe ser seguida por todos. Volver sobre nuestros pasos o, mejor aún, no seguir las pautas de ese orden y deambular de una obra a otra al azar, es una “desobediencia” de por sí experimental en cuanto que inventa un itinerario. Pero quedarse encerrado por la noche en un museo es aún mejor, resulta completamente intersticial, independientemente del delito que supone.

Junto a estas iniciativas que rompen con el orden normalizado de los viajes de ocio y que ven a un viajero emancipado –un delincuente si es necesario– liberándose de la dependencia de los servicios organizados, hay que subrayar que existe también una historia de los viajes “al margen”. Queda mucho por hacer en este sentido. Pueden incluirse por ejemplo múltiples movimientos de protesta individual o colectiva o de “contracultura”, desde Montaigne huyendo de Burdeos sin saber lo que buscaba, hasta los Routards huyendo de las vacaciones burguesas tomando el “camino de los Zindes”,⁹ pasando por Rousseau, ese vagabundo desorientado, o los románticos orientalizados (Chateaubriand, Byron o Johan Burckhardt) y otros como Arthur Rimbaud o Jack London. La historia del viaje está aquí unida a una dimensión paralela en la que abundan los viajes al margen, secretos, desviados, invisibles o, todo lo contrario, ostentosos.¹⁰

En el período de entreguerras, por ejemplo, los escritores de la *Lost Generation* utilizaron el exilio, una estrategia de fuga para expresar su rechazo a la sociedad americana: Gertrude Stein en París, Hemingway en España o Fitzgerald en Antibes.¹¹ Luego vino



Exiliarse, huir, vagar, retirarse, perderse, explorar, descubrir, penetrar o, por el contrario, perderse, aislarse y olvidarse del mundo... Hoy en día, todas estas formas estratégicas y psicológicas de movilidad coexisten en nuestra imaginación y en nuestra cultura de viajes. Pueden ser leídas en la estela y en las costumbres de los herederos de los caminos de Katmandú, pero también en esos otros que perpetúan los antiguos patrones del movimiento. Ya se trate de neo-rurales (migrantes), tecno-viajeros (nómadas), mochileros (vagabundos) u otra clase de “nueva” movilidad, las filiaciones pueden ser descifradas sin demasiada dificultad. Esta historia pendiente, paralela, es un espacio-tiempo donde los arquetipos de movilidad, sus grandes categorías y sus respectivos valores antropológicos se reproducen indefinidamente como si se re-

la generación *hippie*, un movimiento fundado sobre una estrategia de evasión que propugnaba el establecimiento de una vida social alternativa, autárquica y comunitaria construida en los márgenes de la sociedad (no en el exilio sino en el barrio), oponiendo la utopía del paraíso aldeano al infierno urbano. Pero este movimiento fue precedido a su vez por el de la *Beat Generation*, que también se opuso a la sociedad capitalista, industrial y burguesa a través del provocativo y poético vagabundeo. Fue una estrategia de confrontación encarnada por Jack Kerouac que reivindicó el derecho al vagabundeo y a la divagación mística.

generasen, a pesar de que el credo común siga siendo el deseo utópico compartido de estar fuera del sistema o al menos de escapar de él un poco, por un instante...

¿De qué manera este viaje compite con la industria del turismo?

La verdad es que, aunque solo sea porque son marginales, estos viajes no pueden competir con el turismo inicial y su industria. Así que siguen su curso, reconstruyendo constantemente la brecha y la diferencia entre ellos y un negocio que los absorbe de manera casi inevitable. Es el caso del lla-

mado (a menudo de forma errónea) *dark tourism*, orientado hacia lugares “oscuros”, lugares inusuales o muy ordinarios pero considerados sombríos y mórbidos por las sensibilidades dominantes. Las guías impresas dan testimonio de esta permanente búsqueda de innovación en el turismo experimental. O es también lo que demuestra el auge del turismo “útil”, caritativo o humanitario, un turismo que recupera de forma comercial ese viaje marginal y altruista en el marco de un turismo llamado “responsable” o “solidario”, que ciertamente no es todavía una actividad de ocio de consumo masivo pero que, sin embargo, es ya un negocio prometedor y una etiqueta recogida por el *marketing* del llamado turismo “ético”.

Los mochileros de los sesenta y setenta trazaron así, sin saberlo, los actuales itinerarios turísticos de Asia. La lucha es desigual y no hay una verdadera competencia. En cambio, el desarrollo de los viajes a través de Internet, como el llamado ciberviaje,¹² será quizás más propicio a la constitución de un verdadero “margen”, que vea a través de la Web y otras redes sociales, la reinención de la autogestión de los viajes con turistas que, incluso al margen de determinadas ideologías (tercermundistas, ecologistas u otras), organicen y produzcan su propia movilidad. Ahora compiten con unos operadores turísticos que corren peligro, como ha ocurrido con la reciente quiebra de Thomas Cook, algo que tal vez constituye un síntoma del fin del abuso de autoridad por parte de los operadores turísticos, de la manipulación arbitraria de los transportistas, de los anfitriones y de otras personas que participan en la acogida de los viajeros. Quién sabe... ¿Estamos hablando de una mutación o se trata de

una convulsión generalizada en los viajes de ocio y placer?

[...]

Notas

- ¹ (N. del A.) Véase más adelante, en la pregunta 4.
- ^{2,8} Urbain, J.-D. (2018) [2011]. *L'Envie du monde*, Bréal. pp. 276, 245 y siguientes.
- ³ Urbain, J.-D. (2017). *Une histoire érotique du voyage*, Payot.
- ^{4,7} Urbain, J.-D. (2016) [1991]. *L'Idiot du voyage. Histoires de touristes*, Payot, capítulos XV y XVI.
- ⁵ Girard, R. (1961). *Mensonge romantique et vérité romanesque*, Grasset.
- ⁶ McCannell, D. (1976). *The tourist. A New theory of the leisure class*, Schocken Books, p. 43. 31
- ⁹ Título del capítulo 5 del libro de Gloaguen, Ph. y Trapier, P. (1994). *Génération routard*, Éd. JCLattès.
- ¹⁰ Urbain, J.-D. (2003) [1998]. *Secrets de voyage. Menteurs, imposteurs et autres voyageurs invisibles*, Payot.
- ¹¹ Urbain, J.-D. (2014). *Au Soleil. Naissance de la Méditerranée estival*, Payot.
- ¹² (N. del T.) En el original “voy@ge”. Ante la imposibilidad de traducir literalmente el juego de palabras, se ha optado por ciberviaje.

Jean-Didier Urbain es filósofo, lingüista y doctor en Antropología Social por la Université de París - Sorbonne (Francia). Actualmente es profesor emérito en Ciencias del Lenguaje en esa misma universidad y miembro del Laboratoire d'Anthropologie Culturelle (CANTHEL). Sus principales líneas de investigación se vinculan a la antropología de la muerte y la cultura funeraria, así como a la antropología de la movilidad y los imaginarios del turismo y de sus prácticas.

Fragmento de la entrevista hecha por Sergi Yanes Torrado y publicada en su libro *La cuestión turística. Trece entrevistas para repensar el turismo*, Alba Sud Editorial, pp. 60-68, disponible en línea: www.albasud.org

El otro yo del turista

Ángela Garcés

*Este viaja porque se busca,
aquel porque quisiera perderse.*

F. Nietzsche

*El amante se parece al turista: uno y
otro siempre acaban por contaminar
los paisajes que frecuentan.*

Xavier Rubert de Ventos

La distinción entre el viajero y el turista la encontramos permanentemente como la diferencia que permita valorar al primero y desprestigiar al segundo. Ambos están comprometidos con el movimiento, impulsados por la curiosidad y la exploración de espacios-tiempos y de hombres, ambos sustentan una dualidad, que confirma el privilegio del “Yo viajero” y estigmatiza al “Otro turista”.

Las dualidades se suceden entre los tipos de viajeros o turistas que van tras la búsqueda de la diferencia o la repetición, de lo otro o lo mismo, esta búsqueda determina un tipo de viajero, ya se trate del solitario o del gregario, del activo o del pasivo, del individuo o el impersonal... las tipologías a su vez, se ven reflejadas en los medios de transporte elegidos: caminos o carreteras, caballos o automóviles, barcos o aviones. Además, las dualidades reconocen una correspondencia con las relaciones que

se privilegian: intercambios o espectáculos, descubrimientos o distracciones, encuentros o travesía. Estas oposiciones validan, una y otra vez, la oposición viajero-turista.

Al turista se le reprocha su ingenuidad, credulidad, torpeza, visión superficial de las cosas, indiscreción, invasión, gregarismo, mientras que al viajero se le atribuye



su capacidad de descubrimiento, exaltación de la sensibilidad, búsqueda de aventuras y capacidad de riesgo.

Podríamos preguntarnos: ¿qué es lo que el viajero le reprocha al turista? Ante esta pregunta, es necesario resaltar el tipo de relación que el turismo establece con el entorno y las personas que visita. Las siguientes características ponen en evidencia las aptitudes que el turista introduce en su forma particular de relacionarse con los lugares, los tiempos y las personas:

1. Introduce relaciones mercantiles en el interior del viaje (compra postales y artículos artesanales, conocidos como *souvenirs*).
2. Reduce las prácticas vitales de una comunidad a meros juegos o deportes (pescar, navegar, nadar, caminar).
3. Pervierte las tradiciones y favorece el espectáculo: danzas rituales convertidas en exhibiciones que divierten.¹

El viajero le reprocha al turista su búsqueda superficial y rápida que desvirtúa la curiosidad, cualidad principal del viajero. Esta imagen se traduce en un deseo encomiable de ver, de conocer e instruirse. La curiosidad se convierte, en el turista, en un deseo por atravesar los espacios sin reconocerlos, por disfrutar de la diversidad de paisajes sin alcanzar a contemplarlos ni a entenderlos.

Mientras que el viajero asume su desplazamiento como un aprendizaje, el turista lo busca para distraerse; se trata de dos formas de desarrollar una “estética del viaje” que ponen en evidencia la transformación de las percepciones espacio-temporales posibles para cada uno. Si el viajero “pone en juego su identidad”, el turista sale de *tour*

para “jugar a cambiar de identidad” y retornar luego a “lo mismo”.

Revisemos las tipologías de turismo que van transformando la imagen privilegiada del viajero, ateniéndonos a los registros históricos desde los albores del siglo XIX:

1. Albores siglo XIX. El viajero ama el paisaje. El viajero que transforma la naturaleza en paisaje “puede ir de paseo al campo”. En este tipo de viaje, no se puede confundir el “campo” con la “naturaleza”, pues el “campo” es asimilado al “paisaje”, elevado a la categoría de espectáculo. “El paisaje es la “vista” y el “panorama”. Aparece la “bella vista” expuesta para el contemplador ocasional, es decir, el turista”.²

La noción de “paisaje” en su condición de espectáculo, era impensable a finales del siglo XVIII, época del “viajero romántico” que se dirige a la Naturaleza tras una búsqueda mística y religiosa: en el abismo de la Naturaleza espera encontrar su “luz interior”.

2. Mediados del siglo XIX. El “paseante urbano”, es decir, el *flâneur*, va por las calles y los bulevares ejerciendo su función de “eterno *voyeur*”, pues nunca se demora mucho tiempo en el mismo sitio. Ese turista urbano se limita a “pasear” como un hambriento de movilidad.

El “paseo urbano”, concebido como “simple movimiento” en ejercicio del *voyeur*, es impensable para el “héroe urbano”, ese poeta bohemio, que hace de la calle y sus habitantes, los motivos indispensables para su inspiración poética y para la confrontación de la burguesía urbana.

3. Finales del siglo XIX. Primer esplendor del turismo promovido por las “agen-

cias de viaje". Los medios de transporte (primero barco a vapor y ferrocarril, luego el automóvil y el avión) van dominando progresivamente el espacio y el tiempo. Los obstáculos geográficos son superados con la implementación del "imperio de la línea recta" (líneas marítimas, férreas, carretables y aéreas), y la conjugación de la "línea recta" con los modernos medios de transporte comienzan a dominar el tiempo.

Cuando las distancias se acortan, el globo terráqueo comienza a empequeñecerse, la tierra es atravesada por innumerables *tours* gracias al desarrollo de las "guías turísticas". El antiguo viajero expuesto a los peligros inciertos del camino es renovado por el "viajero mecánico". Por primera vez, en la historia de los viajes, se realizan recorridos regulados por un mecanismo abstracto: el reloj, nuevo dispositivo que comienza a controlar el tiempo y el espacio del viaje. El "turista mecánico" puede darle "la vuelta al mundo en ochenta días", recorriendo el globo terráqueo, con una "contemplación improductiva".

4. Siglo xx. Masificación progresiva del turismo. El viajero del siglo xx comienza a caracterizarse por su "constante movimiento", regido por la "lógica de la velocidad", que le impone "ir más rápido" superando siempre la velocidad y la travesía anterior. Se trata del "autoestopista" que atraviesa grandes extensiones gracias al desarrollo de las vías rápidas: autopistas que transforman las ciudades en metrópolis y las metrópolis en megalópolis. La autopista da nacimiento al "viajero en automóvil" que transforma el trayecto del viaje en una especie de inercia, de intermedio entre la salida y el destino.

El viaje empieza a perder su condición de *acontecimiento* para convertirse en travesía. El "autoestopista" se limita a atravesar el tiempo y el espacio sin necesidad de reconocerlos: "en el turismo, la norma consiste en la máxima distancia en el mínimo tiempo. La libertad se ofrece así al por mayor. Reducido al coste del puro tránsito, convertido el espacio en travesía radical, el territorio se descongela. Es el placer líquido".³ "Autoestopista" viajero que goza de las vías rápidas conjugando la velocidad creciente de su automóvil.

Con el desarrollo del turismo, la curiosidad del viajero, en la persona del turista cambia de valor. El deseo de conocimiento se ha convertido en el deseo indiscreto. El turista va tras la búsqueda de emociones y sensibilidades que alcanzan a desvirtuar la capacidad de sensibilidad privilegiada del viajero. El turista concibe "un desplazamiento en el espacio", pero sobre la pura y simple movilidad, como un medio psicológico de entretener y aplazar el tiempo".⁴

Si bien el turista privilegia el disfrute, el consumo y el reporte fotográfico, el viajero necesita detenerse en los lugares para contemplar la diferencia y cumplir con "los ritos con los que aprehendía el paisaje, sus convenciones de descripción y nomenclatura, su representación del tiempo y los espacios se le antojaban como algo cuestionable (...) a menudo le resultaba literalmente imposible aprehender el tiempo con los lugares que tenía que investigar".⁵

La novela *Lento regreso* de Peter Handke permite reconocer un tipo de viajero denominado "viajero de vida". Se trata de un viajero que investiga en las formas por su

sensibilidad, necesita diferenciarlas y describirlas, reconociendo en ellas las diversas posibilidades de ponerse en “comunicación con el paisaje” y “consigo mismo”. Esta comunicación exige determinadas características, imprescindibles en el viajero, entre ellas, “la comunicación solitaria”.

Ante el paisaje, el viajero reconoce que “desde que vivía casi siempre solo-necesitaba sentir con toda exactitud dónde estaba en cada momento: percibir las distancias, estar seguro del ángulo de inclinación, barruntar siempre por lo menos hasta una determinada profundidad, el material y la estratificación del suelo sobre el que se encontraba”.⁶

El viajero privilegia la soledad, porque reconoce que sólo ella le proporciona una comunicación especial con el paisaje, al poner en relación los “estados interiores” con los “estados exteriores”, presentando una confluencia entre el “ánimo personal” con el “estado del paisaje” donde influyen las circunstancias climáticas, la atmósfera, los tonos de luz del paisaje. El viajero alcanza entonces una correspondencia interior/exterior que mantiene la cohesión consigo mismo y con el exterior. Esta cohesión aparece gracias a una “observación detenida”.

Se trata de una observación detenida que le permite al viajero “recobrar los espacios que por rapidez había desperdiciado (...) No estando en situación de reencontrarse



(...) En este lugar, aquí y ahora, veía en él su única oportunidad: si no se dedicaba a él en los espacios de su pasado, en los momentos de suerte; en cambio, en el feliz, beatífico agotamiento, todos sus espacios-el individual, recientemente conquistado, y todos los anteriores- se ensamblan formando una cúpula que envolvía el cielo y la tierra a modo de santuario, un santuario que no era solamente para él sino que se abría además a todos los demás”.⁷

La observación implica un despliegue kinestésico gracias a la comunicación viajero-paisaje. El afuera, por influencia de

sus elementos naturales en acción (lluvia, viento, tormenta, borrasca...), puede impresionar en primera instancia a la percepción visual, pero la sensación kinestésica se alcanza gracias a la correspondencia entre olores, calores, movimientos y ritmos. Si el verdadero viajero se dispone a cambiar su ritmo habitual para lograr una correspondencia con el flujo del paisaje, puede despertar a nuevas percepciones. Se requiere entonces de otra disposición... “dibujar el paisaje”.

El viajero graba el paisaje al registrar aquellos elementos escondidos para aquel viajero que pasa rápido por los lugares. Ese privilegio óptico del viajero requiere una disposición especial del cuerpo en su relación con el entorno, necesita aceptar la invitación de los elementos del paisaje y lograr un cambio de ritmo; quizás se trata de disminuir el paso y dejarse invadir por el elemento que la conciencia no alcanza a captar, se requiere entonces una lentitud que la mirada del científico difícilmente alcanza y el turista no necesita en su búsqueda frenética. El viajero, en cambio, necesita un *paso lento*.

El viajero busca diferenciarse del turista en pro de su privilegio óptico que pone por delante su facultad de sentir lo diverso y reconocer la belleza o lo siniestro en aquellos elementos que saben infundir fuerza y sosiego o vértigo y muerte a una sensibilidad impresionada.

El viajero se burlará de los viajeros apresurados, turistas que no pueden dejar de ver siempre el mismo paisaje y deleitarse en la repetición de lo mismo, turistas que sólo ven un paisaje homogéneo, aquel que salta a la vista y no deja percibir las peculiaridades, los detalles, la fuerza de los elementos

que sólo impresionan al viajero que saborea una percepción lenta, atenta, propia del observador. Ante el paisaje, el viajero, a diferencia del turista, permanece.

El turista transforma esa comunicación privilegiada del viajero, cuando en su recorrido se resume en la afirmación *yo estuve allí y lo he podido ver*, y para demostrar su travesía, y estar bien seguro “hace acopio de fotos de las variadas situaciones o cosas, guarda objetos de recuerdo que cree muy personales, etc”.⁸

No en vano, Claude Lévi-Strauss, al percibir el auge de viajeros europeos que quieren ir a visitar los lugares denominados exóticos a mediados del siglo xx, las selvas brasileras, la cuenca del Amazonas, los desiertos africanos, las poblaciones asiáticas... les reprocha su afán por llegar a esos lugares naturales que, con su visita, sólo acaban por contaminar.

Mientras el viajero etnólogo necesita considerar, reconocer y conservar la diferencia de cada paisaje (geográfico y étnico), el turista atenta contra los viajes, los paisajes y su entorno.

Los viajes, aquellos cofres mágicos llenos de promesas, de ensueño, nunca volverán a entregarnos sus tesoros incontaminados. Una civilización proliferante y sobreexcitada ha roto para siempre el silencio de los mares, los perfumes de los trópicos y la inocencia originaria de los seres humanos ha quedado corrompida por un ajeteo de dudosas consecuencias, que mortifica nuestros deseos y nos condena a hacernos exclusivamente con recuerdos contaminados.⁹

El turista desvanece la figura del viajero nómada o filósofo, poeta o peregrino, artista o vagabundo, que tenía como condición

imprescindible “viajar solo”, condición indispensable para abrir su sensibilidad al paisaje y hacerlo suyo. Se trata del viajero que hace de la soledad, la observación, la pintura y el ritmo lento, las disposiciones vitales para lograr la comunicación del interior con el exterior.

Mientras el turista necesita el cambio permanente, la sorpresa inesperada que mantienen en vilo su “sensibilidad cutánea”, el viajero busca gozar de la diferencia entre sí mismo y el objeto de su percepción, intensificando la sensación con delicadas diferencias.

Esta diferencia no tiene necesidad de ser objetivamente muy grande: el verdadero viajero sabe gozar de los ínfimos matices entre los objetos, dados por su color o su forma (...) y, en consecuencia, todo regreso a lo mismo es soso y bien marcado por el sabor repugnante de lo ya visto (...) El viajero siente todo el sabor de lo diverso (...) es un viajero insaciable.¹⁰

El turista se reafirma en la diversión o distracción inmediata, en el mercantilismo gregario. El turista va tras el puro encuentro con las cosas, de ahí que su viaje se relacione con una lógica extremadamente variable de sensaciones que podemos llamar “sensibilidad cutánea” que busca:

...la comida, el deporte, los juegos gratuitos y a veces el amor por añadidura. La originalidad del “Club” consiste en haber instituido



el sol como mercancía selectiva (...) Reúne las aspiraciones profundas y desperdigadas de la sensibilidad colectiva.

El cuerpo es el foco y el horizonte, anida sus fantasías y sus espejismos (...) La aldea de vacaciones aporta una primera corrección espectacular. Se despliega en espacios, a la vez compartimentados y confundidos, del goce: la playa, la mesa, la tienda de campaña (...)

La fortuna más deslumbrante: el tostado de piel que simboliza las perfecciones de la naturaleza (...) Chicos y chicas enamorados de la vida sana; los abrazos banalizados; el de-

sayuno opulento; la atención dedicada a la disuasión de las estedades; la directividad a cualquier precio...¹¹

No se puede comprender al turista invocando sólo las comodidades y facilidades del viaje y de las estadías prodigadas por los progresos técnicos y urbanos. Al abordar la *estética del viajero* es necesario revisar las tipologías y técnicas del viaje, midiendo las consecuencias estéticas y no precisamente las transformaciones morales y éticas, aunque estas sean puestas en evidencia.

Desde esta óptica, el turista se presenta como “otro viajero” que goza de “otros modos de percepción” prodigados por el “movimiento permanente” que ofrece la variedad de ritmos, de tránsitos y de espacios. “El turista ejerce una especie de libertad emocional, localizada en el movimiento y el cambio. Una sensación vacacional, un movimiento momentáneo de liberación por el viaje. Es la libertad turística, relacionada con el “ir y venir”, admirando el espectáculo.”¹²

Si el turismo está unido a la aparición de los nuevos medios de transporte y a la mejora de las condiciones de vida urbanas y rurales, esto significa que la figura privilegiada del viajero puede desvanecerse, ante la desaparición de una serie de condiciones esenciales: inseguridad, insalubridad, incomodidad en el espacio, incertidumbre en el tiempo, lentitud obligada de los desplazamientos y travesía aleatoria de extensiones desérticas o selváticas.

Si bien a partir de los grandes progresos técnicos (barco a vapor, ferrocarril), implementados a mediados del siglo XIX, se comienzan a asegurar desplazamientos rápidos que dominan la naturaleza y el tiempo, se encontrarán, aún a finales del siglo XX, diferentes

modos y maneras de viajar que difícilmente opacan la sensibilidad cronotópica del viajero.

El viaje puede recobrar su independencia, su gusto por la libertad, cada vez que

se convierte en un medio de subjetivación antes que, de objetivación de la geografía elegida, o de disfrute por el recorrido exótico (...) Este cambio se apoya en un hecho radical: ya no hay más geografía que explorar, ningún lago o montaña que descubrir, ningún río que bautizar. El viaje es una excusa para el viaje interior y la dimensión iniciática se aloja en la exploración humana. Se viaja fundamentalmente para encontrar gente y vivir la experiencia del *otro*.¹³

Turistas y viajeros se desplazan en barco, en avión, en automóvil, pero si los medios uniformizan los modos y maneras de viajar, no alcanza a homogenizar la experiencia del viaje, pues en cada relato renovado (novela de viaje, diario de campo...) reconoceremos una y otra vez, que no existe una sensibilidad general y originaria, ella se expresa de múltiples formas.

Veremos como en los contextos técnicamente modernos, que presentan nuevas tipologías y técnicas de viaje, el turista reinventa la *estética del viaje*. Tendremos que entender entonces que el turista utiliza los medios de comunicación y de transporte modernos, que cada vez más superan la velocidad e incluso la necesidad de desplazarse, como los “viajes virtuales” o los “viajes fantásticos”, y a través de ellos, veremos una concepción del mundo permanentemente renovada que abre perspectivas diferentes de viaje y de la identidad del viajero.

Encontramos en un primer plano, que, tras estas nuevas condiciones del viaje, los



camina, el otro atraviesa, uno descubre los meandros del espacio, otro el tiempo y sus metamorfosis; cada cual, con su velocidad, cada cual con su viaje. El viajero y el turista confirman la orientación de la *experiencia estética del viaje*, concebida como diversidad creciente de perspectivas sobre el mundo y sobre sí mismo.

Se reconoce en la *estética del viaje* que viajeros y turistas se inscriben en un amplio movimiento de observación y de reconocimiento en el que son arrastrados sin cesar por un flujo de búsqueda e inquietud que los inscribe en modos de percepción y bajo los cuales despliegan múltiples sensibilidades cronotrópicas, estableciendo y reconstruyendo sin cesar nuevas visiones del mundo, nuevas identidades.

progresos del transporte suponen la desaparición del riesgo que confería al antiguo viajero una dimensión heroica. Y además el colectivismo y las visitas guiadas marcan el fin de una prestigiosa soledad. Pero no dejan de presentarse renovaciones en la experiencia del viaje. Al borde del año 2000, los viajeros reinventan “una suerte de antropología de las pequeñas cosas, sin la magnánima pretensión de buscar comprender al hombre, pues conciben que, viajar es perderse para -quizás- reencontrarse más adelante, transformado”.¹⁴

Un abanico de percepciones contrasta la dimensión del viajero y del turista. Uno

Referencias

- 1 Cfr. Lévi-Strauss, C. (1988). *Tristes trópicos*, Paidós.
- 2, 3, 4, 8, 12 Salabert, P. (1995). *Figuras del viaje. Tiempo, arte, identidad*, Universidad Nacional del Rosario, pp. 31, 35, 27, 37, 33.
- 5, 6, 7 Handke, P. (1985). *Lento regreso*, Alianza Editorial, pp. 18, 14, 15-16.
- 9 Lévi-Strauss, C. (1988). *Tristes trópicos*, Paidós, pp. 40, 41.
- 10 Todorov, T. (1991). *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*, Siglo XXI Editores, pp. 373-374.
- 11 *Revista de Occidente*. (1993), números 140-141.
- 13, 14 Gasquet, A. (1999), “Bajo el cielo protector. Hacia una sociología de la literatura de viajes”, en Pimentel J. *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Instituto de la Lengua Española, pp. 31-32.

Viaje con Elton alrededor del campus

Óscar López

Antes de viajar a Medellín ese verano, le escribí un correo a Elton. Desde cuando lo conocí, en la Biblioteca Carlos Gaviria de la Universidad de Antioquia, empezamos una amistad que pervivía a través del intercambio de correos cada cierto tiempo. Pronto respondía con escueta brevedad y cortesía. Esta vez le hablé de mi próximo arribo a la ciudad a mediados de mayo, y de que al día siguiente estaría en el campus universitario. Concertamos encontrarnos en la cafetería de Pastora, la cafetería más frecuentada por él. Allí estuvimos desayunando. A punto de despedirnos, Elton accedió a enseñarme a manejar el bastón. Andaba muy atareado esa semana dictando algunas clases y corrigiendo un par de trabajos de investigación que tenía que entregar en reemplazo de exámenes finales. Por ello me propuso reunirnos el miércoles de la semana por venir después de asistir a la clase de Derecho transicional, la segunda que tomaba en sus estudios de doctorado y cuya última sesión era esa fecha. Mientras lo dejaba a mis espaldas, pensé que en el futuro cercano Elton firmaría los correos con Elton Romero, Filósofo y PhD en Derecho transicional. No dejaba de preguntarme cómo hacía para tener un mapa mental en el que cada cosa estaba puesta en su lugar con una precisión de reloj suizo.

La mañana del miércoles acordado traje el bastón y el trapo negro de seda como Elton me lo pidió. Nos encontramos en los bajos de la Biblioteca Carlos Gaviria. Elton me vendó los ojos, pero antes de decirme lo que íbamos a hacer, me preguntó si sentía

cómoda la venda. El ejercicio consistía en que yo iba a usar el bastón como si estuviera ciego y daríamos una vuelta alrededor de la ciudad universitaria, luego regresaríamos hasta la biblioteca.

—El bastón es una carta de presentación, Profe, como le digo. Es como cuando un fotógrafo profesional saca la cámara en el desfile de silleteros en la Feria de las Flores. La gente le abre paso. El bastón llama al respeto. ¿Listo? Profe... lo siento sudando. Ya le digo, asuma el bastón como parte de su mano. Lo que el bastón toca alerta sus ojos. Nada de miedos. Voy a su lado. Nada malo le va a pasar.

Salimos bajando por la rampa que comunicaba el piso de entrada a la biblioteca con el patio que lo separaba del bloque 4, el de matemáticas.

—Profe, no se pegue del pasamanos, use el bastón haciendo un giro en forma de abanico. Trate de que el deslizador del bastón llegue al piso antes del pie que adelanta, luego lo devuelve al lado contrario. Vamos bien, pero relaje un poco la mano. Noto que aprieta mucho el bastón. Si se relaja va a sentir el bastón como parte de su cuerpo.

Ya estábamos en el bloque 4. Por un instante, pensé en que muchos de mis compañeros de generación recordaban con pánico ese edificio en el que tomaban clases de matemáticas, forzados por un requisito universitario al que no le encontraban utilidad para leer literatura.

—Profe, lo siento sudando. Confíe en mí. Nada le va a pasar.

—Por instantes pienso que voy a caer al vacío. Estar vendado me hace sentir flotando.

—Todo está plano. El bastón es un mapa táctil. Sígallo como si fuera una extensión de su cuerpo. No se va a caer. El bastón le da los ojos que la venda le quita.

—¿Dónde estamos, Elton?

—Pregunte, pero no levante el bastón del piso. Le repito: el bastón es su vista ahora. Se puede caer o golpearse contra algo si le quita contacto con el piso. ¡Pare!, ¡pare!

—¿Qué pasa?

—Vamos a salir del bloque administrativo, pero usted, por hablarme, levantó el bastón otra vez e iba a darse un porrazo contra la columna que da a la esquina.

—Disculpe Elton. Déjeme yo apago el celular, escucho que me llaman y pierdo concentración. Si no lo apago no puedo concentrarme.

—Claro, claro. Yo no debo anunciarle los obstáculos, es el bastón. Recuerde, el bastón es un mapa y hay que seguirlo. Si usted lo sigue llega a donde quiera. Mejor dicho, para que me entienda: el bastón es como un GPS, pero sin voz.

—Escucho muchas voces. Supongo que están saliendo de clases.



—¿Profe, quiere que salgamos por el complejo deportivo o tomamos por el bloque 21, el de ingeniería?

—Por donde sea más fácil.

—No se trata de eludir los obstáculos, sino de aprender a moverse en todas las circunstancias. Tal vez usted estaba pensando en que a esta hora hay mucha gente caminando por el complejo. Hay gente que va a jugar fútbol, que va a practicar tenis, que va a entrar a las piscinas...o no falta el que viene a ver a las universitarias entrar o salir de las piscinas.

—Sí, en eso pensaba.

—¿En los que van a verlas entrar o en las que...? Es un mal chiste, Profe. Pero la verdad es que muchos de los que vienen a almorzar escogen la cafetería de Deportes para mirar a las chicas en vestido de baño.

—Ya sé para dónde vas, Elton. Me refiero a todos.

—Pero, en serio, no se trata de evitar los obstáculos, sino de aprender a hacer la vida normal con la ayuda del bastón.

Sin preguntármelo, advertí que Elton había decidido cruzar por el patio del bloque de ingeniería. Sentí alivio porque era la ruta que yo frecuentaba. Por ahí entraba a la Universidad todas las mañanas. Luego de esquivar un par de resaltos, se llegaba hasta la acera que conducía hacia las escalinatas del Metro. No toparse con las motos, que antes obligaban a los peatones a bajarse a la calle, me generaba confianza.

—¿No nota nada, en este momento, Profe?

—No.

—Escuche el bastón. Mejor dicho, ¿no siente ahora que al hacer el giro como que se atranca?...

—Ah, sí. Ahora sí lo noto.

—Bueno, en esta parte de la acera no se salga de las líneas. Vamos caminando sobre la guía para invidentes. Esto es nuevo. Ya muchas aceras en la ciudad tienen esas guías. Me imagino que las aceras en los Estados Unidos deben estar muy bien demarcadas.

—No. La mayoría de los barrios no tienen aceras en las cuadras porque están diseña-

dos para el tránsito de vehículos. Y las aceras de las universidades que conozco son planas, amplias y sin resaltos.

—Aquí hemos progresado. Si usted va a la Avenida Junín, a la Oriental o a los alrededores de los parques de los barrios, las líneas para los invidentes están trazadas sobre el piso.

—Interesante. Yo antes, cuando las veía, pensaba que eran decoraciones en el piso.

—Nada de eso, Profe. Ahí donde usted ve, esas líneas son el resultado de reivindicaciones ganadas por activistas que defienden derechos de minorías. ¡Pare!, ¡pare! ¿No notó algo?

—...

—El sentido recto de las líneas se cruza con otras de manera horizontal.

—¿Y?

—Quiere decir que hemos llegado a un cruce. Cuando eso ocurre, debemos girar o caminar hacia el destino que deseamos.

En ese punto, escuché que dos estudiantes que entraban por la puerta próxima a la estación del Metro, contigua al Planetario, saludaban a Elton y le preguntaban si iba a asistir a la clase de Filosofía política. Les dijo que en la clase se encontraban esa tarde. "Es la última del semestre, ¿cómo perdersela?

—Ahí lo veo bien, Profe. Ha logrado seguir la línea de cruce, pero relájese un poco. Sé que hace mucho calor a esta hora de la mañana, pero usted está sudando porque...

—Elton, no se te olvide que es la primera vez que salgo vendado y que esto de usar bastón es nuevo para mí.

Por el ruido creciente de motores y la algarabía de pitos de autos y de motos, me di cuenta de que estábamos llegando al cruce de la avenida del Ferrocarril con la calle Barranquilla. El ruido intimidaba al imaginar que los carros se iban a venir encima y aplastarnos. Las voces de los estudiantes y gente que entraba y salía de la ciudad universitaria me hicieron disminuir el ritmo de los pasos.

—Nada de eso. Usted siga como si nada. Usted es un peatón más. Como le dije, al bastón lo respetan. Hágalo respetar.

—Hola, Miguel. Y pudieron haber sido más... cámara.

Elton le hablaba a Miguel, el personaje más conocido por varias generaciones en la Universidad. “Ganaron todos los equipos de fútbol de Antioquia”. Fue la respuesta de Miguel, como corrigiendo a Elton, fanático del equipo verde, de que no solo el Nacional había ganado la fecha anterior. Ambos dialogaron sin dejar de hacer lo que los ocupaba. Miguel quedó atrás en su puesto de periódicos, revistas y noticias escritas en tiza sobre pizarras, mientras que Elton me sugirió girar a la derecha tan pronto llegáramos a la puerta central, todavía por la calle Barranquilla.

—Profe, ¡pare, pare! ¿No sintió que habíamos llegado al cruce?

—...



—¿Sabe qué? Es mejor que lo haga de nuevo. Esas líneas en los cruces son como un semáforo o un pare. Hay que respetarlas. El bastón debe comportarse como un buen ciudadano. Ahora vamos a ir a los baños del bloque 9, pero usted va a llevarme allí si lee correctamente las líneas de cruce.

Volvimos a caminar el trayecto.

—...

—Lo hizo bien, Profe.

Sentí que habíamos alcanzado el otro lado de la calle interna de la ciudadela. Subimos

al corredor. Calculé que, a unos cuarenta metros, a la izquierda, estaban los baños. Elton fue quien requirió el baño, pero sospechó que yo tenía más urgencia. El recorrido por los alrededores de la Universidad me había fatigado en extremo. Todo, por el miedo a caerme o golpearme contra algún obstáculo.

— ¡Esperel, ¡esperel! ¿No ve que va a entrar al baño de las mujeres?

— ¿Cómo lo sabes?

— Es obvio, Profe.

Yo, vendado como estaba, no lo percibía tan obvio, pero antes de empezar a discutirlo escuché que tres mujeres salían del lugar. Eran estudiantes. Una de ellas comentó: “¡Qué aburrido es ese profesor de Teoría económica! A mí, me tenía dormida”. Las otras dos dijeron: “Vamos a tomar un café, a ver si nos despertamos”.

Ahora Elton, al salir del baño de hombres, como si intuyera lo que yo estaba pensando, me dijo:

— Cuando una persona pierde uno de los sentidos, los otros sentidos se alertan. La vida tiene que seguir.

Luego me indicó aproximarnos hasta la cafetería de Pastora, en el corredor central, en dirección norte. Al sentir el rumor de voces alrededor de la cafetería, sin consultarlo con Elton, me arranqué la venda de un tirón. Por un momento me sentí enceguecido por la luz.

— Está bien por hoy, Profe.

En la fila, le pregunté lo que deseaba tomar. Me lo dijo y enseguida fue a sentarse en el

borde de una de las jardineras, donde solíamos sentarnos desde la época en que lo conocí, varios veranos antes, cuando me enseñó a navegar con un programa para invidentes o gente de baja visión, *JAWS*, que me permitía usar *Microsoft Words* y hacer mi trabajo con eficiencia. Lo seguí hasta donde me alcanzó la vista. Elton era apuesto, alto, de complexión atlética, aunque lucía un poco macizo. Su pelo era negro, y era de cara ancha. Un poco pálida.

Le entregué la coca cola y un palo de queso. Antes de que yo guardara el bastón, Elton lo atrajo hacia sus manos. Lo acarició con la yema de sus dedos.

— Me gusta su bastón, Profe. Aquí son escasos. Los que se consiguen como el suyo es por cuenta de una señora con baja visión. Ella los vende a buen precio, pero me imagino que en Gringolandia son más baratos.

Al sentarme sobre el borde de la jardinera, le pregunté qué tal había pasado el fin de semana.

— Muy bien. Al fin me decidí a ir a la Fiesta de las Frutas.

— El año pasado me dijiste que habías nacido en Sopetrán.

— Sí, y que no me pierdo la Fiesta, pero esta vez tenía que terminar un trabajo de investigación. Casi no lo acabo.

— ¿Por qué te gusta tanto esa Fiesta?

— Profe, Sopetrán tiene mujeres muy lindas. Da mucho gusto verlas pasar por el parque mientras se toma uno unas cervezas.

— Pero...

—Usted tiene que ir. Se acordará de lo que le digo.

Me acordé de que el año pasado, por la misma época, Elton había llegado una mañana tembloroso y sudando a la oficina de asistencia para personas con discapacidad visual de la Biblioteca. Entonces, contó que en la estación del Metro de San Antonio se había montado una mujer. El vagón venía lleno, a reventar. De pronto, empezó él a sentir una fricción a la altura del estómago. Intuyó que la fricción provenía de una mujer que le respiraba a la altura del pecho. Luego sintió la mano de la mujer deslizarse más abajo, en la entrepierna. La mujer lo hacía con tal suavidad y disimulo, que él decidió permanecer quieto y silencioso. A punto de arribar a la estación Hospital, la mujer lo empujó con cierta brusquedad, luego se aproximó a la puerta de salida, pero antes de empujarlo, le había dicho: “¡Eh, avemaría!, usted parece muerto. ¿No siente nada?”, a lo que Elton replicó: “¿Pero, por qué no siguió?”.

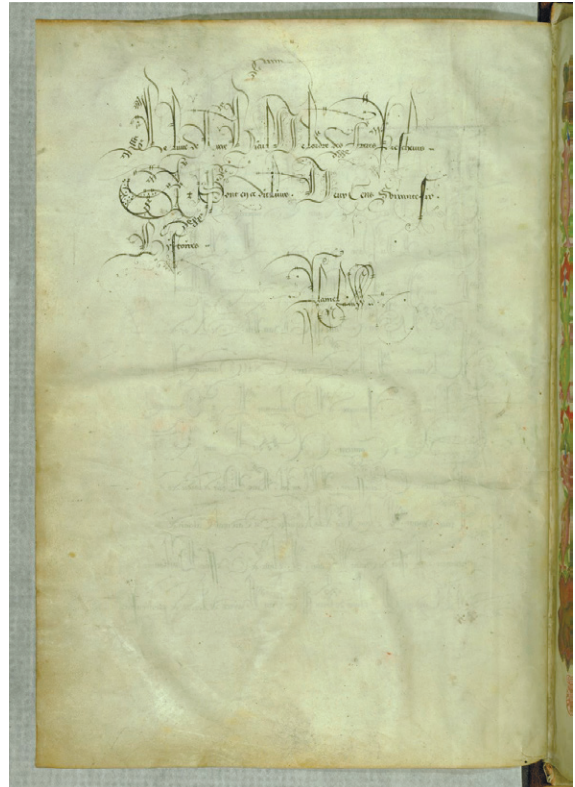
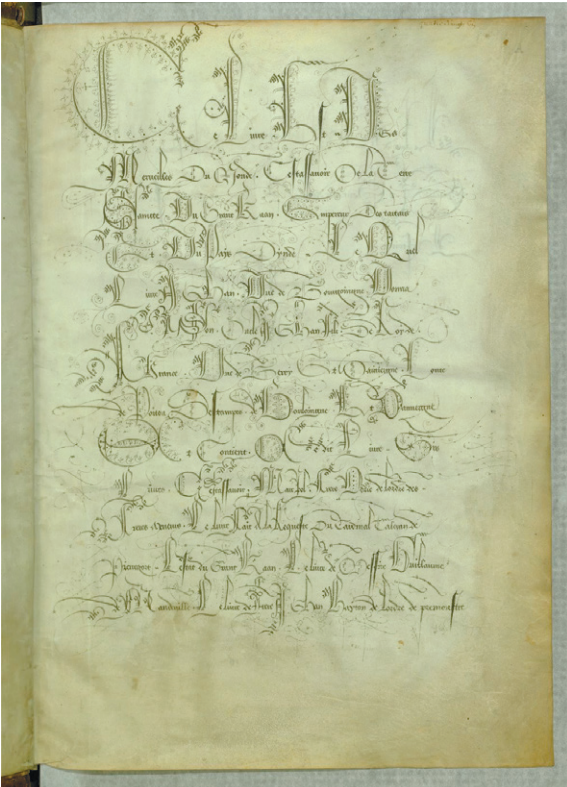
—Elton, ¿cuándo sucedió lo tuyo?

—Tenía siete años. Nosotros todavía vivíamos en el mismo vecindario, en Itagüí, Santa María. Era la mañana de un domingo cuando mi madre se dio cuenta de que no había traído quesito en el mercado. Entonces, me pidió que fuera a comprar una libra en la tienda de la esquina. Yo salía de la tienda y en ese momento se oyó una explosión. Lo demás me lo contaron después, la tarde



cuando me dieron de alta en el hospital. A una patrulla de policía que pasaba por el lugar le activaron un petardo a control remoto. Eran hombres de Pablo Escobar en los tiempos de la guerra del Capo contra el Estado. A mí me alcanzaron esquirlas de los explosivos en varias partes de la cabeza y del cuello. Desde entonces, quedé completamente ciego. Pero ya ve, Profe, la vida sigue y ahora puedo ayudar a personas como usted que están perdiendo la visión.

Óscar López es profesor emérito en la Universidad de Saint Louis en Missouri, Estados Unidos.



PROGRAMACIÓN

FEBRERO / 2024

Conversatorios y cátedras

Viernes 23

10:00 a. m. *La vorágine* y la experimentación en la novela del realismo

Jineth Ardila en conversación con Juan Esteban Villegas Restrepo
Lugar: Primer piso Biblioteca Carlos Gaviria Díaz
Invita: División de Cultura y Patrimonio

Visitas guiadas

Recorridos guiados con el Programa Guía Cultural por la Universidad de Antioquia

Invita: División de Cultura y Patrimonio
Más información: <https://bit.ly/3rJW4H5>

Invita: División de Cultura y Patrimonio
Más información: <https://bit.ly/3ywRcZA>

Sábado 24

Recorridos guiados por el Museo Universitario Universidad de Antioquia

Tipos de mediación que encuentras en el MUUA: Antropología, Ciencias naturales, Arte, Historia, Mediación general

10:00 a. m. **Habitar, recorrer y contemplar: Camilo Torres**
Visita: Nadar en los colores
Lugar: Bloque 16
Invita: División de Cultura y Patrimonio

Extensión Cultural
#UdeACultura

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Recorrer, contemplar y conversar:
María Teresa Uribe
VISITA GUIADA

Febrero 08 2024 | **Jueves 2:00 p.m.** | Ciudad Universitaria Bloque 16 Punto de información

Guía Cultural

Exposiciones



Colección de Antropología Graciliano Arcila Vélez

Sala de larga duración de la Colección de Antropología

Lugar: Museo Universitario Universidad de Antioquia (MUUA)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3W0A7Bt>

Colección de Ciencias Naturales Francisco Antonio Uribe Mejía

Sala de larga duración de la Colección de Ciencias Naturales

Lugar: Museo Universitario Universidad de Antioquia (MUUA)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3SEMtfd>

Extensión Cultural

#UdeACultura

Cursos de Extensión

Taller de creación literaria

2024 - 1

Docente: Luis Fernando Macías Zuluaga
Intensidad horaria: 32 horas.

Virtual

Inicio:
Febrero 21
2024
Miércoles
6:00 p.m.
8:00 p.m.

Presencial

Inicio:
Febrero 23
2024
Viernes
12:00 p.m.
2:00 p.m.
Universidad de Antioquia
MUUA - Bloque 15

Inversión
Comunidad universitaria: \$411.800 COP
Comunidad externa: \$457.600 COP
Informes:
educacionmuseo@udea.edu.co
6042198186



MUUA

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Música

Jueves 29

6:00 p. m. Tributo al rock mexicano

Música / Tributo

Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Teatro

Jueves 22

6:00 p. m. El moderno Frankenstein o Víctor a secas

Teatro

Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo

Invita: División de Cultura y Patrimonio

#LibreriasUdeA

Libros
en
Fiesta

Lee * sueña * crea

13 al 15 FEBRERO | Bloque 16
Primer piso

Martes a jueves de 9:00 a. m. a 4:00 p. m.

Fundación
Universidad
de Antioquia

Editorial
Universidad de Antioquia

UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Febrero

Programación

03

Museología para niños

Taller: Un museo para mí y para todos

10:20 a.m. / MUUA Hall de ingreso / Inversión \$6.500

Títeres en escena

Obra: I.E Universo infantil

11:30 a.m. / MUUA 15-301 / Actividad gratuita

10

Tallernautas

Taller: Cajita de personajes

10:20 a.m. / MUUA Hall de ingreso / Inversión \$6.500

MUUAcción

Actividad: Astronomía y cuerpo

11:30 a.m. / MUUA Hall de ingreso / Actividad gratuita

17

Cuentos de colección

Actividad: Con un anca en el agua y otra en la tierra

10:20 a.m. / MUUA Hall de ingreso / Actividad gratuita

Títeres en escena

Obra: Azul ya báñate

11:30 a.m. / MUUA 15-301 / Actividad gratuita

24

Tallernautas

Taller: Un caballito blanco

10:20 a.m. / MUUA Hall de ingreso / Inversión \$6.500

MUUAcción

Actividad: Ciencia, experimento y cuerpo

11:30 a.m. / MUUA Hall de ingreso / Actividad gratuita

CÁTEDRA DE ARTE: ESTÉTICA



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Facultad de Artes

FEBRERO

13

al

JUNIO

04

2024

ENTRADA LIBRE

🕒 9:00 a.m. a 12:00 m.

📍 Biblioteca Pública Piloto

✉️ +Informes:
gerson.goez@udea.edu.co

FEBRERO

13

Dramaturgia y estética como constructo social, político e histórico

Ponente: Gerson Stephen Góez González,
Departamento de Artes Escénicas UdeA.

20

Fragmentos espigados del campo: Estética de la naturaleza en los Diarios de Henry David Thoreau

Ponente: Juan Esteban Rúa Bedoya, Departamento de Artes Escénicas UdeA.

27

La mirada

Ponente: Yessica Moncada Ramírez, Facultad de Prácticas Escénicas, Tecnológico de Artes Débora Arango.

Apoyan:



ÁTROPÓS

Colectivo de estudios teatrales e investigadores



BELLAS ARTES
INSTITUTO



bpp BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO

Medellín
Aquí todo florece





UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

220 años

Tantas razones para amarte

Cuando la muerte empezó a caminar por aquí...

Juan Manuel Echavarría. Exposición antológica

En colaboración con Fernando Grisalez

Desde el 7 de octubre 2023 al 18 de mayo de 2024

mua

Con el apoyo de:

Fundación Puntos de Encuentro

Exploradores y viajeros, turistas contemporáneos

ISSN 0124-0854

- 1 Editorial
Hace setecientos años:
el legado de Marco Polo
y la transformación del
viaje contemporáneo
Oscar Roldán-Alzate
- 4 Viajes y viajeros
John Saldarriaga
- 13 La evolución histórica
de la mirada occidental
a China
Orlando Mejía Rivera
- 20 El turista es el chivo
expiatorio de todos
los males del turismo
*Fragmento de la entrevista
de Sergi Yanes Torrado a
Jean-Didier Urbain*
- 28 El otro yo del turista
Ángela Garcés
- 36 Viaje con Elton alrededor
del campus
Óscar López
- 43 Programación cultural



La caravana de Marco Polo viajando
a la India, 1375, tomada del atlas
Runners of the seas, Cresques Abraham.